

# Trayectoria vital y Pensamiento de Miguel de Unamuno (1864-1936)

AULESTIA, Gorka

A Pablo Beltrán de Heredia

## Introducción

Don Miguel de Unamuno y Jugo está considerado por muchos como el más universal de nuestros escritores contemporáneos por su personalidad controvertida, la ideología comprometida, la amplitud temática y su extensa producción literaria. Cultivó todos los géneros literarios: novela, ensayo, poesía, cuento, teatro, etc.; escribió miles de artículos y de cartas manteniendo una correspondencia extensa y heterogénea con todo tipo de personas, especialmente de España y Latinoamérica. Su estilo claro y sincero impacta aun no estando de acuerdo con muchas de sus ideas. Está considerado también como uno de los precursores del existencialismo e introductor de esta doctrina en España.

Su singular personalidad no deja indiferente a ningún lector entre el cuantioso número de defensores y detractores. En esa extensa obra tan diversa se muestra polemista, beligerante, en ocasiones contradictorio, sincero pero no veraz en bastantes afirmaciones, paradójico, heterodoxo y creyente, diferente pero siempre el mismo, muchos Unamuno y un solo Unamuno, maravilloso y extravagante, singular, inmoderado en su afán de singularización, romántico, ajeno al ridículo, rotundo en sus juicios, lleno de entrega y falta de humildad, poseído de sí mismo, difícil de ser encasilla-

*Euskera*. 2018, 2, 1. 463-509. Bilbo  
ISSN 0210-1564

do, incansable en su trabajo, voraz en sus lecturas, fiel a su familia y a los amigos Emiliano de Arriaga (1844-1919), Juan Arzadun (1862-1950), Pere Corominas (1870-1939), Quintín de la Torre (1877-1966), etc.: gladiador ante sus adversarios, poseedor de una fuerza de voluntad inquebrantable, comprometido, espoleador de conciencias, desconcertante en muchas de las afirmaciones, excesivo en su temor a la muerte, «plomizo» en su deseo de inmortalidad, inquieto y tenso, trágico en su fe religiosa, ofensivo en el tema del euskara, luchador sin tregua, enfermizo con su ego («yoísmo», según él), defensor de lo individual pero centralista castellano, quijotesco, triste y carente de humor pero no pesimista, digno de compasión, niño grande, solitario y meditabundo, taciturno y melancólico, ecléctico por temperamento, caviloso y caminante, aclamado por las masas y denigrado por algunas autoridades, amante del paisaje y del campo, paseante solitario, propenso al soliloquio o monólogo, *cordialista* y pasional con notoria influencia del judeo-cristiano San Pablo, del converso San Agustín, y del gran prosista francés Blaise (Blas) Pascal (1623-1662). Unamuno explica la agonía del Cristianismo del autor de *Pensées* (Pensamientos, 1669-70) afirmando que: «Es el corazón quien siente a Dios, no la razón... Pascal se sublevaba contra las pruebas racionales aristotélicas de la existencia de Dios... Pascal fue un apóstata de la razón»<sup>1</sup>.

## 1. Vida

D. Miguel de Unamuno y Jugo nació el 29 de septiembre de 1864 en Bilbao, calle de la Ronda nº 16, una de las famosas «Siete calles» de la capital vizcaína: «Nací en lo más lúgubre y sombrío del sombrío Bilbao: en la calle de la Ronda, y en la casa misma en que, cincuenta y ocho años antes que yo, había nacido Juan Crisóstomo de Arriaga; en aquella calle, amasada en humedad y sombras, donde la luz no entra, sino derritiéndose»<sup>2</sup>. Bilbao era entonces una pequeña ciudad preindustrial. La patria chica a la que,

<sup>1</sup> Miguel de Unamuno. *La Agonía del cristianismo*, Madrid, Espasa-Calpe, nº. 312, 1966: 107, 111.

<sup>2</sup> M. de Unamuno. *De mi País*, Madrid, Espasa-Calpe, nº. 336, 1959: 129.

años más tarde, contrapondrá su Salamanca, la patria intelectual: «De mi Vizcaya, de mi Bilbao, la simiente; de mi Castilla, de mi Salamanca, el fruto»<sup>3</sup>. «En aquel Bilbao; en aquel Bilbao del 2 de mayo de 1874; en aquel Bilbao que había salido de las *machinadas* –la última fue su sitio y bombardeo– y no había entrado en las huelgas; en aquel Bilbao aprendí a anhelar lo inasequible, a tener sed y hambre de lo infinito y de lo eterno; en aquel Bilbao prometí culto a la libertad, a la claridad y a la pureza del espíritu»<sup>4</sup>. Para Miguel, su entorno, su Monte Pagazarri (sic) (el «gran Himalaya») y su villa eran los «suyos» y por lo tanto los más hermosos: «El mundo entero es un Bilbao más grande»<sup>5</sup>. Al año siguiente de Miguel, nacería también Sabino Arana (1865-1903), fundador del PNV (1895), en la Anteiglesia de Abando, (hoy centro de Bilbao pero todavía sin pertenecer a ella hasta 1876, fin de la II Guerra Carlista). Ambos representan las dos tendencias, que pocas décadas después, iban a condicionar la historia política de Euskal Herria.

Unamuno perdió a su padre Félix (comerciante acomodado, oriundo de Bergara) cuando tenía seis años. De niño fue al colegio de San Nicolás situado en la buhardilla de un viejo caserón en la calle Correos: «Medio Bilbao de entonces pasó su niñez bajo la caña de don Higinio»... «Bendita sea su memoria». Son los años de los paseos de los jueves al Campo Volantín, de las primeras pajaritas de papel. Gracias a la pequeña biblioteca paterna se aficionó a la lectura leyendo *El Criterio* de Donoso Cortés (1809-1853), al francés Julio Verne (1828-1905) y a algunos clásicos españoles.

El amor que sentía por su tierra natal no se limitaba exclusivamente a la capital sino que se extendía a toda la provincia de Vizcaya, palabra que escribía con las letras V y c, sin seguir las nuevas pautas ortográficas reconocidas por Sabino de Arana: Bizkaia: «¡Oh tierra de mi cuna, de mis padres, de mis abuelos y trasabuelos todos, tierra de mi infancia y de mis mocedades, tierra en que tomé a la compañera de mi vida, tierra de mis amores,

<sup>3</sup> M. de Unamuno. *Obras Completas*, Madrid, Fundación J.A. de Castro, vol. IX, 2008: 610.

<sup>4</sup> M. de Unamuno. O.C., vol. VIII, Madrid, Escelicer, 1966: 418.

<sup>5</sup> M. de Unamuno. «Cántico de Navidad», «Hoy te gocé Bilbao,» O.C., vol. VI: 529.

tú eres el corazón de mi alma! Tu mar y tus montañas Vizcaya mía, me hicieron lo que soy; de la tierra de que se amasan tus robles, tus hayas, tus nogales y tus castaños, de esa tierra ha sido mi corazón amasado, Vizcaya mía»<sup>6</sup>.

Cuando el niño Miguel tenía nueve años, en ese «bochito mío», ocurrieron tristes acontecimientos bélicos que más tarde aparecerán consignados en su primera novela *Paz en la Guerra* (1897). En ella narrará también el sitio de Bilbao (28 Sept. 1873 – 2 mayo 1874) durante la II Guerra Carlista (1872-1876): «...el 2 de mayo de 1874, entraron en Bilbao las tropas liberadoras...Pasados los días agrídulces de la tragicomedia del asedio, los bilbaínos sentían hambre y sed de noticias»<sup>7</sup>. El 1 de septiembre de 1875 comenzó el bachillerato en el Instituto Vizcaíno de su ciudad bajo la dirección de D. Sandalio quien, en 1900, felicitó a su antiguo discípulo por el nombramiento de Rector de la Universidad de Salamanca; detalle que llenó de inmensa alegría a Don Miguel: «En el curso de 1875 a 1876, teniendo yo once años, en las postrimerías de la guerra civil, ingresé en el Instituto Vizcaíno. Es un momento solemne el de la entrada en la segunda enseñanza»<sup>8</sup>. Asistía también al taller del renombrado pintor guipuzcoano Antonio M<sup>a</sup>. Lekuona (1831-1907) y al Coro de la parroquia de los Santos Juanes en el que, en alguna ocasión, desafinó por lo que recibió la desaprobación del director. La rápida contestación de Miguel fue la siguiente: «Si no desafino, nadie sabrá que estoy aquí». Esto nos puede hacer entrever el carácter del futuro escritor bilbaíno. Desde muy joven se fue configurando su personalidad tan singular. Necesitaba ser siempre centro de atención.

En el aspecto religioso, conviene reseñar su participación como secretario de la Congregación de San Luis Gonzaga, ubicada en la Residencia de los PP. Jesuitas. Siempre conservó una profunda admiración por el fundador de la Compañía de Jesús, pero condenó con dureza a los jesuitas: «Un hombre simboliza el espíritu religioso de los vascos: Íñigo de Loyola, hombre de ac-

<sup>6</sup> M. de Unamuno. *Vida de Don Quijote y Sancho*, en *Obras Completas*, vol. X, 2009: 53-54.

<sup>7</sup> M. de Unamuno. *De mi país*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º 336, 1959: 93.

<sup>8</sup> M. de Unamuno. *Recuerdos de niñez y de mocedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 323, 1958: 79.

ción, soldado primero de la patria, luego de Cristo, general y fundador de una Orden de gladiadores, cuya vida es acción lenta e incesante, cuya religión es la lucha terca y sostenida»<sup>9</sup>. Según él, «...un cristiano puede *s'abêtir* (embrutecerse), puede suicidarse racionalmente; lo que no puede es *abêtir* a otro, matar a otro la inteligencia. Y es lo que hacen los jesuitas. Sólo que tratando de enloquecer a los demás se han entontecido ellos. Tratando a todos como a niños, ellos se han infantilizado en el más triste sentido. Y hoy apenas hay nada más tonto que un jesuita: por lo menos un jesuita español. Todo lo de su astucia es pura leyenda»<sup>10</sup>. En alguna ocasión, pierde la medida y ataca con dureza a los miembros de la Compañía de Jesús: «Los jesuitas, los degenerados hijos de Íñigo de Loyola, nos vienen con la cantinela esa del reinado social de Jesucristo, y con ese criterio político quieren tratar los problemas políticos y los económico sociales»<sup>11</sup>.

Los años de la adolescencia, fueron años de intenso fervor religioso manifestado por el joven Unamuno en la poesía *En la Basílica del Señor Santiago de Bilbao*: «Aquí soñé mis sueños de la infancia, / de santidad y de ambición tejidos /...aquí el hambre de Dios sentí primero / de hijos de este Bilbao de mis entrañas, / gusté al Paráclito. / ¡Oh mi Bilbao! Tu vida tormentosa / la he recogido yo; tus banderizos... / Dentro de mi corazón luchan dos bandos. / Vives en mí, Bilbao mis ensueños; / sufres en mí, mi villa tormentosa; / tú me hiciste en tu fragua de dolores / y de ansias ávidas. / Yo soy mi pueblo, templo venerando; aplaca mis congojas, adormece / este sufrir, para que así consiga / seguir sufriendolo»<sup>12</sup>. En la época del cuarto curso de bachillerato, a los catorce años, tuvo la primera crisis religiosa.

El joven Miguel iba para santo. Y, ¿quién no soñó alguna vez con ser santo? Incluso pensó entrar en algún convento: «Tuve un tiempo en que soñé con el claustro...»<sup>13</sup>. Pero, Conchita, una jovencita del barrio de Ren-

<sup>9</sup> M.de Unamuno. *La raza vasca y el vascuence*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º. 1566, 1974: 75.

<sup>10</sup> M. de Unamuno. *La Agonía del Cristianismo*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º. 312, 1966: 113-114

<sup>11</sup> *Ibid.*: 84.

<sup>12</sup> «En la Basílica del Señor Santiago de Bilbao», O.C., vol.VI, Escelicer, 1966: 200-204.

<sup>13</sup> M. de Unamuno. *Mi Diario*, Madrid, Escelicer, 1970: 102.

tería de Gernika, se interpuso en el camino. Como él mismo nos lo cuenta: «Soñaba en ser santo y de pronto atravesaba este sueño su imagen. Iba de corto, sus cortas sayas dejaban ver las lozanas pantorrillas, su pecho empezaba a alzarse, la trenza le colgaba por la espalda, y sus ojos iban iluminando su camino. Y mi soñada santidad flaqueaba»<sup>14</sup>.

Por otra parte, proseguía en la adolescencia la formación autodidacta estudiando con intensidad el euskara e interesándose por el devenir político de su querida Euskal Herria:

...estudiaba con todo ahínco el vascuence en libros ante todo y buscando luego toda ocasión para oírlo hablar y aun hablarlo. Y entonces empecé a componer un diccionario vasco-castellano... Y aún guardo la enorme suma de materiales recogidos en bastantes años, a partir del último de mi bachillerato... Al poco de acabar yo mi primer año de bachillerato, el 21 de julio de 1876, siendo Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897) presidente del Consejo de Ministros, se dictó la ley abolicionista de los Fueros, cesaron las Juntas Generales del Señorío de Guernica, se empezó a echar quintas, se estancó el tabaco, etc. ...De aquí mi exaltación patriótica de entonces... Y recuerdo una puerilidad a la que la exaltación fuerista nos llevó a un amigo y a mí... Y fué que un día escribimos una carta al rey Don Alfonso XII increpándole por haber firmado la ley del 21 de julio y amenazándole por ello. Pusimos en el sobre: «A S.M. el rey Don Alfonso XII.-Madrid», y al buzón la carta. ...En aquel muelle del Arenal, frente a Ripa, ¡cuántas y cuántas veces no nos paseamos disertando de los males de la Euzkalerria y lamentando la cobardía presente!, ¡cuántas veces no echamos planes para cuando Vizcaya fuese independiente!»<sup>15</sup>

Desde su temprana juventud mantuvo siempre ese espíritu luchador que se manifestará más tarde en sus relaciones con Sabino Arana, M. Primo de Rivera, el rey Alfonso XIII, J. Ortega y Gasset, M. Azaña, Franco, Millán Astray, etc.

<sup>14</sup> M. de Unamuno. *Recuerdos de niñez y mocedad*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º 323: 1958: 113.

<sup>15</sup> *Ibid.*: 151-154.

Acabado el Bachillerato, en 1880, marcha a Madrid a estudiar la carrera de Filosofía y Letras: «Me acuerdo bastante bien de la primera vez que me alejé de mi Bilbao, en septiembre de 1880, cuando fui, teniendo dieciséis años, a estudiar mi carrera a Madrid»<sup>16</sup>. Como él mismo nos relata, en su primer viaje a la capital española, pasó por las proximidades de la Peña de Orduña cantando un *zortziko* del bardo vasco J.M. Iparraguirre (1820-1881) con lágrimas en los ojos. El 21 de junio de 1883 –con solo 19 años– acabó su Licenciatura con excelentes calificaciones. El 20 de junio del año siguiente, se doctora también con éxito defendiendo la tesis «Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca» ante un tribunal presidido por el ilustre paleógrafo cántabro D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912).

Es la época en que se siente atraído por la filosofía del «estupendo F. Hegel» (1770-1831) y del positivismo de H. Spencer (1820-1903); para ello, aprende la lengua alemana y la inglesa. El filósofo inglés le introducirá en el positivismo y en la ciencia. Para Spencer, solo sirven los métodos científicos y los hechos experimentales. Pero el joven Unamuno no tardó mucho en desprenderse de su influencia al no aceptar el cientificismo spenceriano envuelto en filosofía. Entre sus lecturas aparecen también nombres ilustres de esta corriente, v. g.: J. Stuart Mill (1806-1873), A. Comte (1798-1857), Ch. Darwin (1809-1882), E. Haeckel (1834-1919), etc. Acabó soltando amarras y alejándose de esta doctrina por la supervaloración que hacía de la ciencia empírica, marginando los valores espirituales. Según iba pasando el tiempo, su optimismo por la filosofía positivista fue decreciendo y autores como L. Tolstoi (1828-1910), F. Dostoyevsky (1821-1881), G. Leopardi (1798-1837), A. Schopenhauer (1788-1837), etc. le resultaban más cercanos: «Anduvo no ha mucho por el mundo una cierta doctrina que llamábamos positivismo, que hizo mucho bien y mucho mal. Y entre otros males que hizo fue el de traer un género tal de análisis que los hechos se pulverizaban con él, reduciéndose a polvo de hechos. Los más de los que el positivismo llamaba hechos no eran sino fragmentos de hechos»<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> *De mi País.*: 12.

<sup>17</sup> M. de Unamuno. *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Espasa-Calpe, nº. 4, 1971: 14.

A medida que van pasando los años, su pequeño «bochito» se va transformando y cambiando de faz, lo cual entristece el corazón del joven Miguel y se siente nostálgico: «Francamente, voy perdiendo la gana de volver a Bilbao y no me deleita el saber de sus progresos. Que progrese, sí, que progrese; mas sin que yo lo vea, a serme posible... Cuando más prospera y crece mi pueblo, menos me atrae, porque tanto más deslustra el retrato que de él yace prendido en el cristal de mi espíritu. Es hoy la casa de todos; enhorabuena, así debe ser, pero ¡ah!, ilos tiempos en que era *nuestra* casa...! Sólo lo pasado es poético, sólo lo que ha vivido (sic)... Esas pesadas y presuntuosas moles del teatro Arriaga, de la Diputación y del Ayuntamiento, que he visto levantar, son obra de manos de hombres»<sup>18</sup>.

Obviamente, amó también a sus paisanos –como no podía ser de otra forma– pero en alguna ocasión, arremetió contra los bilbaínos por ese talante «glorioso» que, a menudo, muestran en sus relaciones cotidianas: «Ahora que con las minas y las industrias ha empezado a acumularse una gran riqueza, ahora es cuando empieza a notarse algún cambio en el espíritu. Emprendedor y activo, sí, pero se ha hecho insoportable el bilbaíno por lo pagado de sí mismo y de su riqueza y de su convencimiento de pertenecer a cierta raza superior. Mira con cierta petulancia al resto de los españoles, a los no vascongados, si son pobres, llamándolos despectivamente *maquetos*»<sup>19</sup>.

En 1884, pasa a vivir a Bilbao donde se preparará para las oposiciones a Cátedras de Instituto; imparte también clases de latín y psicología en un colegio. Publica, asimismo, un artículo polémico: «Del elemento alienígena en el idioma vasco». En 1888, oposita en Madrid a la Cátedra de Psicología y tras un par de fracasos, concursa a la cátedra de Euskara del Instituto de la Diputación provincial de Bizkaia, quedando en segundo lugar entre cinco candidatos, detrás del ganador lequeitiano R. M.<sup>º</sup> de Azkue, futuro primer presidente de Euskaltzaindia en 1919. Los años que discurren entre 1884 y 1891 serán importantes desde el punto de vista de la estabilidad, pues concurren en su vida dos elementos fundamentales: el trabajo y el matrimonio.

<sup>18</sup> *De mi País*: 128.

<sup>19</sup> M. de Unamuno. *La raza vasca y el vascuence*, Madrid, Espasa-Calpe, nº. 1566: 86.



Por fin, en 1891, pasa las pruebas de las oposiciones a la Cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca y puede casarse con Concepción Lizarraga con quien tendrá nueve hijos; todos los hijos, excepto el mayor nacerán en Salamanca. El tercero de ellos padeció la meningitis. Se llamaba Raimundo y es el que permanecía junto al padre mientras Unamuno escribía. Nos lo describe con estas palabras: «El estado tristísimo del tercero de estos (...) le tengo con una acusadísima hidrocefalia (...) el infeliz angelito, postrado siempre en cama, imbécil y con una cabeza enorme...»<sup>20</sup>. Unamuno pensó que esta enfermedad podría ser una especie de castigo de Dios, por su «soberbia intelectual». A pesar de todo, Don Miguel fue muy feliz en Salamanca y amó apasionadamente esta bella ciudad castellana como había amado años antes su «querido bochito»: «Salamanca, Salamanca, renaciente maravilla, / académica palanca de mi visión de Castilla». Muchos de los escritos unamunianos destacan por el profundo carácter autobiográfico que se manifiesta en dos de sus amores predilectos: Bilbao y Salamanca.

En el plano académico, toma posesión de su cátedra el 13 de julio de 1891 y comienza una vida de intenso trabajo, de honor y gloria, pero también de dolor y sufrimiento, pues en 1897, publica la primera novela, *Paz en la Guerra*, pero una profunda crisis religiosa está a punto de llevarle al abismo del suicidio: «Esto es insufrible. Ahora me persigue la idea del suicidio. Hace un rato pensaba en si me inyectara una fuerte cantidad de morfina para dormirme para siempre...Esta constante preocupación de mi destino de ultratumba, del más allá de la muerte, esta obsesión de la nada mía, ¿no es puro egoísmo?»<sup>21</sup>. Unamuno tuvo varias crisis religiosas; en realidad, toda su vida, desde su adolescencia en Bilbao, vivió en crisis y en lucha constante consigo mismo a causa de la fe. Pero esta última fue la peor como él mismo lo confiesa en una carta a un amigo militar y escritor de la «Generación del 98», nacido en Bermeo (Bizkaia). Estando durmiendo en la cama con su mujer, «...me cogió la crisis de un modo violento y repentino...Lo que me sorprendió fue su explosión. Entonces me refugié en la niñez de mi

<sup>20</sup> «Carta de Unamuno a Emiliano de Arriaga», en *Instituto de Estudios Vascos*, Buenos Aires, 1955, Abril-Junio: 73.

<sup>21</sup> M. de Unamuno. *Diario Íntimo*, Madrid, Escelicer, 1970: 230-231.

alma, y comprendí la vida recogida, cuando al verme llorar se le escapó a mi mujer esta exclamación viniendo a mí: ¡Hijo mío! Entonces me llamó hijo, hijo»<sup>22</sup>. A su amigo catalán Pere Corominas le describirá la crisis como una especie de descarga fulminante. Al día siguiente, se recluyó en el convento de los PP. Dominicos durante tres días para rezar y recuperar la fe.

En el terreno político, en 1892 Unamuno se sentía ya socialista pero de forma superficial. Hemos de remontarnos al fin de la II Guerra Carlista, y en concreto al año 1878, para hallar los orígenes del Socialismo en España. P. Iglesias Possé (1850-1925) fue el fundador de la Unión de Trabajadores Socialistas, de la que más tarde brotaría el Partido Socialista Obrero Español. El movimiento socialista se asentó rápidamente alcanzando mucha fuerza entre las masas obreras en la época de la industrialización. La llegada del sindicalista toledano F. Perezagua (1860-1935) y, más tarde, del joven asturiano I. Prieto (1883-1962), sirvió de fomento de esta doctrina, avalada por la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado. El joven Unamuno, vigía atento de lo que sucedía en el bocho, observaba que su capital y, sobre todo, la margen izquierda se iban poblando de aluviones de gente forastera, que buscaban un trabajo y reclamaban más justicia social.

En 1894 se afilia a la Agrupación Socialista y comienza a colaborar activamente con el órgano de prensa *La Lucha de Clases*. Su socialismo nunca alcanzará el grado difundido en 1848 en el *Manifiesto comunista* por K. Marx (1812-1883) y F. Engels (1820-1895), ni en la dialéctica materialista (producto de la combinación de las ideas de G.W.F. Hegel (1770-1831) y del materialismo craso de L. Feuerbach (1804-1872), ni en la concepción materialista de la historia, o el socialismo científico de estos intelectuales. Unamuno se limitó a asumir un socialismo humanista y religioso, buscando una renovación interior que condujera a los ciudadanos a una comunión más fraternal y universal. Este socialismo constituyó para él, como un sucedáneo que llenaba el vacío que notaba por la pérdida de la fe y el consiguiente abandono de las prácticas religiosas. Pero más tarde, abandonó esta militancia, fiel a los sentimientos liberales que trató de mantener durante toda la

<sup>22</sup> Carta de Unamuno a Juan de Arzadun, 30-X-1897.

vida. Según él, lo malo del socialismo era que se presentaba como doctrina única y no tenía en cuenta la realidad de la muerte. El viejo Unamuno tampoco aceptaba en su bancada parlamentaria que para ser socialista se tuviera que renunciar a la fe religiosa y abrazar el ateísmo.

Entre los innumerables artículos que escribió en el semanario mencionado durante los tres años que permaneció afiliado al Partido Socialista en Bilbao destacan los escritos en 1896 sobre la guerra que España mantenía contra Cuba. Se manifiesta como antimilitarista, defendiendo que las guerras son un negocio promovido «por turbios intereses económicos». Aconseja también evitar a toda costa la confrontación con los Estados Unidos. No era el único que discrepaba de la política española llevada a cabo en el extranjero. Su paisano Sabino Arana opinaba también de igual forma, aunque por razones distintas pues consideraba a España como un país extranjero. En 1902, un año antes de su muerte, Sabino envió un telegrama a Theodore Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, felicitándole en nombre de EAJ-PNV por su colaboración en la consecución de la independencia de Cuba. Habiendo sido Interceptado el telegrama por la policía española, fue detenido y llevado a la cárcel de Larrinaga (Bilbao) donde permaneció preso varios meses.

Superada ya la grave crisis de 1897, llegó la calma acompañada de un regalo bien merecido. Ese año deja de pertenecer al Partido Socialista, lo cual le aporta cierto alivio. Después de nueve años de trabajo, fue nombrado Rector de la Universidad de la capital salmantina. A sus escasos 36 años, el 31 de octubre de 1900 se convirtió en el Rector más joven de España, con gran extrañeza y admiración de muchos y del propio Unamuno. En el largo período de su rectorado fue destituido tres veces por razones políticas. En 1901, inauguró también el nuevo curso con un discurso en la Universidad y así continuó en los años siguientes hasta que llegó 1914. Según sus palabras: «Pasó tiempo y vino el año 1914, en el que fui destituido de aquel cargo de Rector por ardides electorales y por no rendirme a hacer declaración de fe monárquica»<sup>23</sup>. De nada sirvió la sentida declaración de amor a España, pu-

<sup>23</sup> «Discurso en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, el día 1 de octubre de 1931, al inaugurar como Rector de ella, el curso académico de 1931-1932». *Obras Completas*, vol. IX Fundación J.A. de Castro, Madrid: 1059-1060.

blicada precisamente ese año en su novela *Niebla*. Respondiendo a Augusto Pérez, protagonista de la novela, Unamuno, –personaje y autor de la obra– se vale de esta aseveración tan firme: «–No sea usted tan español, don Miguel. –¡Y eso más, mentecato! ¡Pues sí, soy. ¡Español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna, y mi Dios, un Dios español, el de nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: «¡Sea la luz!», y su verbo fue verbo español...»<sup>24</sup>. A partir de 1914, comienzan los ataques reiterados de Unamuno «contra esto y aquello». Pocos años más tarde, en 1920, se le ve envuelto en varios procesos por «injurias al Rey». Fue acusado de atentar contra la figura del Rey Alfonso XIII por dos artículos pronunciados en el *Mercantil Valenciano* en los que los jueces hallaron dos delitos de lesa majestad. La sentencia fue ejemplar: 16 años de cárcel.

La Asamblea Municipal de la Unión Republicana de Madrid protestó contra «este atropello de la libertad de pensamiento». En realidad, no se efectuó la condena y se libró de la pena. Por otra parte, son años de intensa actividad literaria: *Niebla* (1914), *Abel Sánchez: una historia de pasión* (1917), *El Cristo de Velázquez* (1920), *La tía Tula* (1921), etc. Pero en febrero de 1924, durante la dictadura militar del general Miguel Primo de Rivera, fue desterrado a Fuerteventura por ataques constantes contra el Rey y por criticar el régimen dictatorial: «La tiranía militarista de mi pobre patria española me confinó en la isla de Fuerteventura, donde pude enriquecer mi íntima experiencia religiosa y hasta mística. Fui sacado de ella por un velero francés, que me trajo a tierra francesa, y a (sic) que me establecí aquí en París, donde esto escribo. En una especie de celda cerca del Arco de la estrella»<sup>25</sup>.

A los 60 años, tuvo que sufrir el largo destierro de seis años (1924-1930) en la mencionada isla canaria, París y, sobre todo, en Hendaya (hospedado en el hotelito Broca): «Escribo esta conclusión fuera de mi patria, España, desgarrada por la más vergonzosa y estúpida tiranía, por la tiranía de la imbe-

<sup>24</sup> M. de Unamuno. *Niebla*, Madrid, Bibliotex, S.L., 2001: 174.

<sup>25</sup> *La Agonía del Cristianismo*: 15.

ilidad militarista; fuera de mi hogar, de mi familia, de mis ocho hijos –no tengo nietos– y sintiendo en mí con la lucha civil la religiosa. La agonía de mi patria, que se muere, ha removido en mi alma la agonía del cristianismo. Siento a la vez la política elevada a la religión y la religión elevada a la política. Siento la agonía de Europa, de la civilización que llamamos cristiana, de la civilización grecolatina u occidental»<sup>26</sup>. Mientras él se hallaba privado de la cátedra salmantina, su nombre estaba proscrito hasta de las listas oficiales; más aún, en la inauguración del curso 1926-1927, el dictador recibió la toga de doctor «honoris causa» en la Universidad bañada por el Tormes.

En 1930, cae el gobierno de M. Primo de Rivera y Unamuno puede volver a Salamanca donde es recibido con júbilo. Podía haber regresado varios años antes pues fue indultado el 9 de julio de 1924 por el dictador, pero no lo hizo hasta que este fue depuesto. Poco después recuperará la Cátedra y podrá continuar enseñando. En 1931 se instaura la II República y D. Miguel lo proclama victorioso ante la muchedumbre desde el balcón central de la universidad salmantina. Anuncia el comienzo de una nueva era y el fin de una dinastía «que nos ha empobrecido, envilecido y entontecido». Ese mismo año se presenta a las elecciones y gana el escaño de diputado como independiente por la conjunción republicana-socialista. Es repuesto nuevamente como Rector y en el discurso de la inauguración del curso 1931-1932 hace un balance de su pasado en el cargo:

En 1901, hace treinta años, vine a abrir el curso, ya como Rector, y lo abrí, como se hacía, en nombre de su Majestad el Rey... Vine nombrado Rector por Real decreto de doña María Cristina de Habsburgo Lorena, Reina Regente de España. Y aquí debo hacer una declaración expresa: ni que para ser nombrado, ni nunca, ni luego, se me exigió hacer una declaración de fe monárquica, y estuve abriendo cursos trece años consecutivos, excepto el de 1904... Corre el tiempo y llega este acto de 1931-32, y vuelvo nombrado Rector por mis compañeros y bajo un nuevo régimen, a cuyo establecimiento he contribuido más que cualquier español».<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Ibid.: 137.

<sup>27</sup> «Discurso del Rector de la Universidad de Salamanca, D. Miguel de Unamuno, en la inauguración del curso académico de 1931-1932». O.C, vol. IX: 1059-1060.

También fue nombrado concejal del Ayuntamiento de Salamanca.

En 1934, el anciano D. Miguel cumple 70 años y se jubila. Ocurren también varios acontecimientos importantes que afectan de forma desigual a su vida. Por una parte, fallece la fiel esposa Concha, para él «su santa mujer» que le dio siempre lo que a él le faltaba: serenidad y ganas de vivir.

Por otra parte, es nombrado Rector vitalicio de la Universidad y se crea una cátedra con su nombre. El presidente de la República, D. Niceto Alcalá Zamora homenajea al vasco-salmantino y el Gobierno respalda el acuerdo tomado por la Facultad de Letras de Salamanca de solicitar el «Premio Nobel de Literatura» para el ilustre bilbaíno. Como muestra de agradecimiento, leyó el día 20 de septiembre de 1934 su última lección académica sobre la palabra como expresión del pensamiento; fue un sentido discurso inaugural –muy unamuniano– del curso académico de 1934-1935:

Qué de recuerdos, lejanos unos y otros recientes, al venir de despedida, a repetirme una vez más aquí, en este paraninfo... Comencé mi primer curso –de Lengua y de Literatura griegas no más entonces– en 1891, hace cuarenta y tres años, venido de mi nativa Vizcaya... Leí aquí mismo, el discurso inaugural... de 1900, y poco después, aquel mismo año, se me elevó a mi primer rectorado de esta escuela de la tradición española.

Más tarde explicará también la «Historia de la Lengua española», única disciplina con que se quedó a la vuelta de su destierro...

El español que no piense en lengua española, si es que no sabe otra, no es que no sea español, es que no piensa, no es racional. Y pensar en lengua española es pensar lo que esa lengua ha pensado, y creer lo que ha creído. Porque una lengua, alma de un pueblo, piensa y cree... Salvadnos, jóvenes, verdaderos jóvenes... Salvadnos por España, por la España de Dios, por Dios, por el Dios de España, por la suprema palabra creadora y conservadora.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1934-1935, en la Universidad de Salamanca, el día 20 de setiembre de 1934, al ser jubilado catedrático. O C, vol vol. IX: 1117, 1124, 1129.

Desgraciadamente, la dicha no iba a durarle mucho, pues en julio de 1936, tras el golpe militar de Franco llegó la deriva pasajera de D. Miguel hacia el franquismo: «¡Qué cándido y qué ligero estuve al adherirme al movimiento de Franco!»<sup>29</sup> El Gobierno Republicano de Madrid derogó la ley del 30 de septiembre de 1934 por la que había sido nombrado Rector vitalicio. Pero duró poco esta destitución, pues el 1 de septiembre de 1936, la Junta de Defensa Nacional franquista le confirmó como Rector vitalicio y la posesión de la Cátedra que llevaba su nombre.

Este juego de ceses y de nombramientos en el que la figura de Unamuno se convirtió en objeto de los intereses políticos de ambos bandos, no tuvo un final feliz. Unos meses más tarde, el 8 de octubre, la prensa local publicaba un «Mensaje a las universidades y academias del mundo acerca de la guerra civil española» firmada por el Rector salmantino. Se hablaba en ella de los actos de crueldad y destrucción que habían cometido las fuerzas republicanas. Unamuno llegó a la conclusión de que: «Bolchevismo y fascismo son las dos formas –cóncava y convexa– de una misma y sola enfermedad colectiva»<sup>30</sup>. Nadie podía esperar que solo cuatro días más tarde, el mismo Rector, Don Miguel de Unamuno y Jugo, iba a provocar el *mare magnum* que originó, precisamente el día de la festividad de la Virgen del Pilar y de la Raza.

## 2. 12 de octubre de 1936. Día de la Raza

Como hemos dicho, D. Miguel inicialmente apoyó la Cruzada de Franco. Él siempre fue un hombre de orden y rechazó la fuerza bruta, la quema de conventos y de iglesias, así como los asesinatos de curas, monjas y frailes. Por ello, en un principio se puso a favor de las tropas sublevadas de Franco, hasta tal punto que no tuvo inconveniente en manifestarse portando una pancarta a favor de los franquistas. Pensó que los militares sublevados eran

<sup>29</sup> Carta de Miguel de Unamuno a su amigo bilbaíno, el escultor Quintín de la Torre. «La carta que quemaba las manos de Unamuno» (12 de octubre de 1936).

<sup>30</sup> Miguel de Unamuno. *El Resentimiento trágico de la vida*; Notas sobre la revolución de la guerra civil española, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1991: 51.

regeneracionistas que implantarían pronto el orden. El presidente del Gobierno, el socialista Manuel Azaña, le destituyó de su cargo de Rector, pero fue repuesto por el Gobierno franquista de Burgos. Y así, en pocas semanas pudo comprobar que los que venían en nombre de Dios y de la civilización cristiana cometían tantas barbaridades como los del bando contrario a manos de la derecha española germanófila, los legionarios, moros, fascistas italianos y nazis alemanes. Pronto se percató de que la España por la que los militares sublevados luchaban no era mejor que la de la II República y su entusiasmo inicial se convirtió en desengaño. Los miles de fusilados republicanos por las tropas del general Queipo de Llano en Andalucía (3.028 personas) y por las del general Yagüe en Extremadura, especialmente en Badajoz (más de 2.000), le hicieron cambiar rápidamente de opinión y D. Miguel siguió condenando toda violencia. Se arrepintió públicamente de haber apoyado a la sublevación.

Además, no tenía por qué ir tan lejos para comprobar la triste realidad, pues en la misma capital salmantina se estaban cometiendo detenciones, encarcelamientos, fusilamientos, violaciones, y muertes violentas como las del alcalde socialista y la detención de su amigo Atilano Coco, pastor anglicano y masón, que finalmente sería fusilado en diciembre de ese mismo año. Hasta el último momento de su solitaria muerte (31-XII-1936) se mostró horrorizado por la violenta represión en Salamanca y se sintió incapaz de liberar de la cárcel y, más tarde del patíbulo, a algunos amigos por los que, pocos días antes, había implorado personalmente la clemencia al general F. Franco. Desesperado por las matanzas ocasionadas por los franquistas, dejó escritas muchas notas con las que pensaba escribir un libro. En una de esas notas escribe: «El que una horda de locos energúmenos, desesperados, mate a un número de ricos sin razón ninguna, por bestialidad, no me parece tan grave como que unos señoritos saquen a un profesor de su carta (*lapsus* por «casa»), con una orden militar y le asesinen por suponerle... masón»<sup>31</sup>.

Desde el mes de septiembre había perdido ya la fe en la cruzada salvadora franquista y había comenzado a tomar nota de las barbaridades que se

<sup>31</sup> Ibid.: 53.



estaban cometiendo en ambos bandos. Posiblemente pensaba escribir algún libro sobre la guerra «incivil» en el futuro, pero la cercana muerte se lo impidió. Por la publicación de esas notas (que aparecen en el libro mencionado en la nota 73), se aprecia que el estado de ánimo de Unamuno se iba transformando y alcanzando unos tonos desconocidos hasta entonces. Hasta el estilo de su escritura se iba alterando, especialmente desde el arresto domiciliario: «En Granada han fusilado, los falangistas, al pobre Salvador Vila. Esos degenerados andaluces, con pasiones de invertidos sifilíticos y de eunucos masturbadores! ... ¡Arriba España! Sí, y abajo los arribistas»<sup>32</sup>, «Las putas por las plazas»<sup>33</sup>, «No son unos españoles contra otros –no hay Anti España– sino toda España, una, contra sí misma. Suicidio colectivo»<sup>34</sup>, «Los falangistas se imponen pesadas obligaciones para cobrar derechos de venganza. Exponen su vida y van a la muerte para poder matar»<sup>35</sup>, «Hace tres meses desde que se desencadenó la guerra, esta locura y odio, la guerra incivil, no sé nada ni de mi yerno ni de mis hijos que quedaron en Madrid. Ni en rigor quiero saber; tengo miedo»<sup>36</sup>.

En cuanto al incidente ocurrido en el Paraninfo de la Universidad salmantina el día de la Virgen del Pilar, Patrona de España, he de adelantar que no existe ninguna documentación, ni grabada ni escrita, de aquel violento enfrentamiento y, en consecuencia, tendremos que andar con tiento a la hora de relatar los hechos ocurridos. Varios años después de este triste suceso, en 1941, se publicó en la revista *Horizon* un artículo firmado por Luis Gabriel Portillo del que trataré de extraer un resumen. No consta, con exactitud, ni siquiera el momento de la intervención de D. Miguel de Unamuno.

La mañana de ese día tan señalado en la historia de la Universidad salmantina se respiraba un aire especial. Se había preparado el escenario del

---

<sup>32</sup> Ibid.: 57.

<sup>33</sup> Ibid.: 23.

<sup>34</sup> Ibid.: 29.

<sup>35</sup> Ibid.: 33.

<sup>36</sup> Ibid.: 51.

gran paraninfo para un solemne acto religioso-patriótico y una demostración de la España nacional. Los pasillos del recinto se poblaron de partidarios del franquismo, especialmente falangistas. A media mañana, la larga mesa del estrado se hallaba presidida por el Rector (que no tenía intención de intervenir) acompañado por el prelado catalán, el obispo de Salamanca, más tarde nombrado Primado de Toledo y Cardenal, Mons. Enrique Pla y Deniel (1876-1968), Dña. Carmen Polo, esposa del general Franco y el general gallego Don José Millán Astray. Entre los cuatro ponentes destacaron los dos últimos por el contenido de sus intervenciones: el profesor Francisco Maldonado de Guevara y el poeta J.M<sup>a</sup> Pemán.

El acto transcurría pacíficamente en medio de constantes loas a España, cuando de pronto el mencionado profesor comenzó a arremeter airadamente contra Cataluña y el País Vasco, calificándolas de:

Anti-España y cánceres en el cuerpo sano de la nación que el Fascismo, sanador de España, sabrá cómo exterminarlos, cortando en la carne viva, como un decidido cirujano libre de falsos sentimientos...Catalanes y vascos explotadores del hombre y del nombre español, que han estado viviendo hasta ahora a costa de los demás, en medio de este mundo necesitado y miserable de la postguerra, en un paraíso de la fiscalidad y de altos salarios (Aplausos y ivivas!).

Unamuno que se había mantenido en silencio, tomando apuntes en el dorso de la carta de súplica que le había remitido la esposa de Atilano Coco, se levantó de su asiento y tomó la palabra:

Me conocéis bien, y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir, porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Se ha hablado aquí de guerra internacional de la civilización cristiana; yo mismo lo hice otras veces. Pero no, la nuestra es sólo una guerra incivil. Vencer no es convencer, y hay que convencer, sobre todo, y no se puede convencer el odio que no deja lugar a la compasión.

Y dirigiéndose al ponente anterior continuó diciendo:

Dejaré de largo la ofensa personal que supone su repentina explosión sobre vascos y catalanes llamándoles anti-España...El Sr. Obis-

po, quiera o no lo quiera, es catalán, nacido en Barcelona, y aquí está para enseñar la doctrina cristiana que no queréis conocer. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao y llevo toda mi vida enseñando la lengua española que no conocéis.

En ese momento alguien gritó «¡Viva la muerte!» ( el grito necrófilo de la Legión española, popularizado por el general tullido) y todas las miradas se volvieron a Unamuno que impávido comenzó a hablar sobre la invalidez física, comparando la positiva invalidez de Cervantes, «el manco de Lepanto» con la negativa y doble invalidez del general coruñés allí presente. La reacción de éste no se hizo esperar y Millán Astray, en medio de un clamor gritó irritado: ¡Mueran la intelectualidad traidora! ¡Viva la muerte!, sin que se le oyera bien. Rápidamente el escritor J.M<sup>a</sup> Pemán tomó la palabra como último ponente. El poeta gaditano, probablemente con la intención de calmar los ánimos, aclaró gritando: «¡No! ¡Viva la inteligencia! ¡Mueran los malos intelectuales!». El autor de *El Divino Impaciente* no creó el grado de tensión del ponente anterior, pero fiel a su ideología, también añadió leña al fuego, y dijo: «Muchachos de España, hagamos cada uno en cada pecho un Alcázar de Toledo».

A continuación, Unamuno volvió a tomar la palabra para contestar a los insultos y gritos que se multiplicaban contra él:

Acabo de oír el necrófilo e insensato grito de ¡Viva la Muerte!  
Este es el templo de la inteligencia y yo soy su sumo sacerdote. Vosotros estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta pero no convenceréis. Hay que persuadir y para persuadir necesitaréis algo que os falta: razón y derecho en la lucha.

Se formó un revuelo descomunal y Millán Astray dijo a Unamuno: «¡Coja del brazo a la señora!». D. Miguel salió de la sala acompañado por ella, su escolta personal y el obispo de Salamanca. La esposa de Franco le brindó su coche y en su compañía salvadora, fue conducido hasta su domicilio de la calle Bordadores ante el griterío de los falangistas que, brazo en alto, increpaban al anciano Rector. Se le confinó en su domicilio salmantino bajo arresto domiciliario con un policía a la puerta.

Al día siguiente, 13 de octubre de 1936, la corporación municipal se reunió para tomar el acuerdo de expulsar del Ayuntamiento a Don Miguel y

lo expulsaron de la Corporación de la que era concejal. Por pertenecer a una intelectualidad que resultó «la envenenadora, la celestina de las inteligencias y las voluntades vírgenes de varias generaciones de escolares en academias, ateneos y universidades»<sup>37</sup>. Pocos días después, el 22 de octubre, un decreto del Gobierno del Estado firmado por F. Franco disponía la destitución de Unamuno en el Rectorado. Hasta los propios compañeros de la Universidad le dieron la espalda. En los dos meses y medio que le quedaban de vida, recibía algunas visitas de amigos y periodistas. Así, por ejemplo, conocemos sus últimos sentimientos expresados el 21 de noviembre al Sr. Lorenzo Giusso: «La barbarie es unánime. Es el régimen de terror por las dos partes. España está asustada de sí misma, horrorizada. Ha brotado la lepra católica y anticatólica. Aúllan y piden sangre los hunos y los hotros (ambas palabras con la H; muy unamuniano) y aquí está mi pobre España, se está desangrando, arruinando, envenenando y entonteciendo»<sup>38</sup>.

En el último día de su vida, el 31 de diciembre, recibió a un antiguo alumno suyo, el falangista Bartolomé Aragón, único testigo de la muerte repentina del escritor bilbaíno. Cuando éste le insinuó que parecía que Dios había abandonado a España, tuvo fuerzas para contestarle que eso nunca, de ninguna de las formas. Estas fueron sus últimas palabras: «¡Eso no puede ser, Aragón! Dios no puede volver la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse»<sup>39</sup>. Murió como un pajarito que deja de piar, sin ruido, sin sobresalto pero con la preocupación del triste futuro que le esperaba a España; con el codo apoyado sobre la mesa expiró, sin que su amigo se diera cuenta de lo que había ocurrido. Había vivido 72 años, 36 en el siglo XIX y otros 36 en el XX.

Cuando su buen amigo A. Machado se enteró de que había muerto Don Miguel, escribió estas sentidas palabras: «Señalemos hoy que Unamuno ha muerto repentinamente, como el que muere en guerra ¿Contra quién? Quizá contra sí mismo; o acaso también, aunque muchos no lo crean, contra los

<sup>37</sup> *El País*, 2-1-2007: 33.

<sup>38</sup> Carta de Unamuno a Lorenzo Giusso, 21-XI-1936.

<sup>39</sup> «Patriotismo y reconciliación unamuniano», *El Correo*, 31-XII-1996: 33.

hombres que han vendido a España y traicionado a su pueblo. ¿Contra el pueblo mismo? No lo he creído nunca ni lo creeré jamás». Dos años más tarde moriría también el poeta sevillano, pero en el exilio, en Colliure (Francia).

### 3. Dios, existencialismo, religión, inmortalidad

El período de 1900 a 1914 (igual que ocurrió con P. Baroja) coincide con su mayor actividad literaria. En este aspecto, estos 14 años son los más representativos de la vida de Unamuno. Nacen los cuatro últimos hijos y en 1908 muere su madre. Sin riesgo de su vida, D. Miguel sigue luchando, dudando, racionalizando su fe cristiana, inquietando, molestando a los poderosos, desequilibrando a los seguros en la fe cristiana tradicional y proclama a voz en grito: «¿Por qué quiero saber de dónde vengo y adónde (sic) voy, de dónde viene y adónde (sic) va lo que me rodea, y qué significa todo esto? Porque no quiero morirme del todo, y quiero saber si he de morirme o no definitivamente. Y si no muero ¿qué será de mí?; y si muero, ya nada tiene sentido»<sup>40</sup>. El sentimiento trágico de la vida es el punto de arranque del pensamiento unamuniano y brota de la confrontación entre nuestras ansias de vivir y la terca razón que se empeña constantemente en demostrarnos lo contrario. Igualmente, el agonismo será la característica fundamental de su pensamiento.

Unamuno rechazaba la idea de que todo pudiera desaparecer y solo Dios le aseguraba la garantía de que la muerte no era la meta final: «Y a Dios no le necesitamos ni para que nos enseñe la verdad de las cosas, ni su belleza, ni nos asegure la moralidad con penas y castigos, sino para que nos salve, para que no nos deje morir del todo»<sup>41</sup>. Es el afán de perpetuarse del escritor, semejante al deseo de singularizarse e inmortalizar su nombre de Eróstrato, pastor pirómano griego que prendió fuego al templo de Diana en Éfeso en julio del año 356 a.C. Las citas en este campo son interminables,

<sup>40</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*: 33.

<sup>41</sup> *Ibid.*: 234.

claras y significativas: «No quiero morirme, no, no quiero ni quiero quererlo; quiero vivir siempre, siempre, siempre, y vivir yo este pobre yo que me soy y me siento ser ahora y aquí, y por esto me tortura el problema de la duración de mi alma, de la mía propia»<sup>42</sup>. En todas sus obras destaca especialmente el problema de la existencia individual vivida por la persona de carne y hueso: «¡Ser, ser siempre, ser sin término, sed de ser, sed de ser más!, ¡hambre de Dios!, ¡sed de amor eternizante y eterno!, ¡ser siempre!, ¡ser Dios!»<sup>43</sup>. Ni el mamífero vertical ni el *homo sapiens* le privaban del sueño pero, sí, en cambio, el ser humano concreto: «Y este hombre concreto, de carne y hueso es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía, quieranlo o no ciertos sedicentes filósofos»<sup>44</sup>.

Además, Unamuno necesitaba a Dios para ser persona y no morir del todo. Quería creer en Dios, pero no podía. Le necesitaba para fundamentar su fe y asegurar su inmortalidad. Unamuno no es un existencialista nihilista como J.P. Sartre (1905-1980) sino un existencialista humanista marcado por la necesidad de creer en Dios. Mantiene una lucha entre la fe y la razón y vive en la duda, la agonía y la lucha continua: «Maté mi fe por querer raciocinarla... Todo esto es para volverse loco»<sup>45</sup>. Según él, toda persona que huye de la duda y de la angustia, no vive auténticamente. Al final de las angustias nace una esperanza basada en su fe cristiana.

En su opinión, este conflicto es la vocación esencial del ser humano. Y como la persona humana no puede prescindir de la fe ni de la razón, la única alternativa es mantener viva la pugna entre ambas; una lucha permanente. Por ello, rechaza la fe rutinaria y sin tensión. La filosofía abstracta no le interesaba en cuanto sistema científico; frente a la filosofía abstracta e impersonal, mantiene la suya que brota del sentimiento humano. Él es más pensador que «filósofo». Es un molino que no se detiene y su mente trabaja sin descanso. Lo prueba en sus obras: *Mi religión y otros ensayos breves*

<sup>42</sup> Ibid.: 41.

<sup>43</sup> Ibid.: 37.

<sup>44</sup> Ibid.: 9.

<sup>45</sup> *Diario Íntimo*: 210.

(1910), *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1913), *La Agonía del Cristianismo* (1925), *San Manuel Bueno, mártir* (1933). No se puede entender bien a Unamuno sin comprender correctamente lo que supuso para él el hecho religioso, el concepto de la duda y la angustia, las relaciones entre la razón y la fe, etc.: «Perdí la fe pensando mucho en el credo y tratando de racionalizar los misterios, de entenderlos de modo racional y más sutil»<sup>46</sup>.

Le preocupaban poco las definiciones aristotélicas sobre el ser humano (hombre: animal racional), ni el *cogito, ergo sum* cartesiano, ni siquiera las «circunstancias» orteguianas del «yo y mis circunstancias». Por encima de todo mantenía su «yo» y si alguien pretendía avasallarle recurría a su grito de guerra: «¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!»<sup>47</sup>. Por ello, resaltaba el verbo ser en primera persona, la existencia humana; la frase de Descartes pero trastocada: *Sum, ergo cogito* (Soy, luego pienso) y el «yo» del filósofo Ortega y Gasset independientemente de sus circunstancias.

Este tema era permanente y obsesivo en su vida. «No quiero poner paz entre mi corazón y mi cabeza, entre mi fe y mi razón, sino quiero que se peleen y se nieguen recíprocamente, pues su combate es mi vida»<sup>48</sup>. Según él, la fe cristiana no es claridad sobre las verdades dogmáticas y «los que lo ven todo claro son espíritus oscuros». No se sentía cómodo ni con los dogmas, ni con el catolicismo, ni con la Iglesia de Roma: «La institución cuyo fin primordial es proteger esa fe en la inmortalidad personal del alma es el catolicismo; pero el catolicismo ha querido racionalizar esa fe haciendo de la religión teología, queriendo dar por base a la creencia vital una filosofía y una filosofía del siglo XIII»<sup>49</sup>. Pienso que si Unamuno hubiera nacido en un país protestante, se habría sentido menos agobiado en los temas religiosos. Consta que buscó en la teología protestante una experiencia más personal con Dios: «Me dediqué a estudiar la religión como curiosa materia de

<sup>46</sup> Ibid.: 328.

<sup>47</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*: 41.

<sup>48</sup> *El Correo*, 31-XII-1996: 33.

<sup>49</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*: 49.

estudio, como producto natural, como pábulo a mi curiosidad. Preparaba una «Filosofía de la Religión» y me engolfé en la «Historia de los dogmas» de Harnack. Y hoy me parecen mis viejas teorías puro asunto de curiosidad»<sup>50</sup>. Entre las verdades enseñadas por la Iglesia Católica estaba la existencia del infierno que Unamuno rechazaba con todas sus fuerzas. «Por el infierno empecé a rebelarme contra la fe, lo primero que deseché de mí fué la fe en el infierno, como un absurdo inmoral... En el infierno –me decía– se sufre, pero se vive y el caso es vivir, ser, aunque sea sufriendo»<sup>51</sup>.

La doctrina de Lutero propició la llegada de un nuevo tiempo, de más libertad y menos control, v.g.: en la interpretación de la Sagrada Escritura, y en general, en el campo de las libertades individuales. El respeto de Unamuno hacia las otras confesiones cristianas fue exquisito. Igualmente, su rechazo a los defensores del dicho latino: *Extra Ecclesiam nulla est salus* queda manifiesto en sus palabras: «Fuera de la Iglesia no hay salvación. ¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir aquí Iglesia? ¿Es que los sencillos aldeanos protestantes no se salvan?»<sup>52</sup>. Además, la muerte llegó a obsesionarle: «La idea de la muerte y del más allá y de la nada me despertó de mi sueño»<sup>53</sup>. La muerte le provocaba terror, no porque tengamos que morir todos, sino porque «yo tengo que morir». Las citas sobre el deseo de evitar la muerte son constantes: «No, no quiero morir del todo»<sup>54</sup>.

Un breve resumen de un artículo de seis páginas, publicado el 9 de diciembre de 1907 en la revista *La Nación* de Buenos Aires, nos podría aclarar un poco el tema de *su religión*:

Y bien, se me dirá, ¿cuál es tu religión? Y yo responderé: «Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio; mi religión es

<sup>50</sup> *Diario Intimo*: 239-240.

<sup>51</sup> *Ibid.*: 65.

<sup>52</sup> *Ibid.*: 321.

<sup>53</sup> *Ibid.*: 262.

<sup>54</sup> *Ibid.*: 271.



luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que luchó Jacob. No puedo transijir (sic) con aquello del Inconocible (sic)...Rechazo el eterno *ignorabimus*...Y yo quiero pelear mi pelea, sin cuidarme de la victoria... Esos, los que me dirijen (sic) esa pregunta, quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza. Y ni esto quieren, sino que buscan poder encasillarme y meter en uno de los cuadriculados en que colocan a los espíritus, diciendo de mí: Es luterano, es calvinista, es católico, es ateo, es racionalista, es místico, o cualquier otro de estos motes cuyo sentido claro desconocen, pero que les dispensa de pensar más. Y yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier otro hombre que aspire a conciencia plena, soy especie única». Nadie ha logrado convencerme racionalmente de la existencia de Dios, pero tampoco de su no existencia; los razonamientos de los ateos me parecen de una superficialidad y futilidad mayores aún que los de sus contradictores. Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa de corazón. Lo cual quiere decir que no estoy convencido de ello como lo estoy de que dos y dos hacen cuatro.

Y me pasaré la vida luchando con el misterio y aun sin esperanza de penetrarlo, porque esa lucha es mi alimento y es mi consuelo. Sí, mi consuelo. Me he acostumbrado a sacar esperanza de la desesperación misma. Y no griten: «Paradoja» los mentecatos y los superficiales.

Y lo más de mi labor ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos, si puedo. Lo dije ya en mi *Vida de Don Quijote y Sancho* que es mi más extensa confesión a este respecto. Que busquen ellos como yo busco, que luchen como lucho yo, y entre todos algún pelo de secreto arrancaremos a Dios, y, por lo menos, esa lucha nos hará más hombres, hombres de más espíritu.

De lo que huyo, repito, como de la peste es de que me clasifiquen, y quiero morirme oyendo preguntar de mí a los holgazanes de espíritu que se paren alguna vez a oírme: «¿Y este señor, qué es?» Los liberales o progresistas tontos me tendrán por reaccionario y acaso por místico, sin saber, por supuesto, lo que esto quiere decir, y los con-

servadores y reaccionarios tontos me tendrán por una especie de anarquista espiritual, y unos y otros por un pobre señor afanoso de singularizarse y de pasar por original y cuya cabeza es una olla de grillos. Pero nadie debe cuidarse de lo que piensen de él los tontos, sean progresistas o conservadores, liberales o reaccionarios.

... si leen esto, volverán a preguntarme: «bueno, ¿pero qué soluciones traes?» Y yo para concluir, les diré que si quieren soluciones acudan a la tienda de enfrente, porque en la mía no se vende semejante artículo. Mi empeño ha sido, es y será, que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y a lo sumo, sugerir más que instruir. Si yo vendo pan no es pan, sino levadura o fermento. Hay amigos y buenos amigos que me aconsejan que me deje de esta labor y me recoja a hacer lo que llamen una obra objetiva, «algo que sea, dicen, definitivo, algo de construcción, algo duradero». Quieren decir algo dogmático. Me declaro incapaz de ello y reclamo mi libertad, mi santa libertad, hasta la de contradecirme, si llega el caso. ...Agitar es algo. Si merced a esa agitación viene detrás otro que algo duradero, en ello durará mi obra.<sup>55</sup>

Como conclusión de este apartado dedicado a su religión y tras la lectura de este breve resumen, no faltarán lectores que piensen que Unamuno habría sufrido menos en la vida, si hubiera nacido en un país protestante. En alguna ocasión llegó a explicar con humildad la razón de su anti-dogmatismo: «Nunca he podido ser un sectario, siempre he combatido todo dogmatismo, pero en realidad por soberbia, por no formar en fila, ni reconocer superior ni disciplinarme»<sup>56</sup>. Muchos de los ritos que había practicado y de los dogmas en los que había creído en su niñez, le resultaban lejanos, fríos y oscuros. Como hemos visto, se rebelaba especialmente contra la fe en el infierno defendida por la Iglesia: «Por el infierno empecé a rebelarme contra la fe... como un absurdo moral»<sup>57</sup>. Según él: «España necesita que la cristianicen

<sup>55</sup> M. de Unamuno. O C, vol. IX, «Mi religión y otros ensayos breves,» 1907-1909: 51-56.

<sup>56</sup> *Diario Intimo*: 19.

<sup>57</sup> *Ibid.*: 65.

descatolizándola»<sup>58</sup>. Necesitaba algo más íntimo que la formulación de unas verdades proclamadas por el Papa solemnemente, *Urbi et Orbi*, en la Basílica de San Pedro de Roma. Su sensibilidad, más cercana al pensamiento de San Agustín y Pascal que al de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, hizo que el «Santo Oficio» del Vaticano incluyera dos de sus libros más íntimos (*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1914) y *La agonía del Cristianismo* (1925) en la lista de los «libros prohibidos».

Sin duda alguna, Don Miguel se acordaría de aquellas palabras que escribió en 1895:

La Inquisición fue un instrumento de aislamiento, de proteccionismo casticista, de excluyente individuación de la casta. Impidió que brotara aquí la riquísima floración de los países reformados... Recobran fuerza nuestros vicios nacionales y castizos todos, la falta de lo que los ingleses llaman *sympathy*, la incapacidad de comprender y sentir al prójimo como es. Aún hay hoy menos libertad íntima que en la época de nuestro *fanatismo* proverbial, definidores y familiares del Santo Oficio se escandalizarían de la barbarie de nuestros obispos de levita y de censores laicos.<sup>59</sup>

También en el País Vasco, dos prelados (el guipuzcoano A. Pildain y el navarro P. Gúrpide Beope) condenaron y mostraron en sus cartas pastorales las *herejías* en que había incurrido el escritor bilbaíno: «Don Miguel de Unamuno hereje máximo y maestro de herejías». Antonio, Obispo de Canarias. De las Palmas de Gran Canaria, a 19 de Septiembre, del año del Señor de 1953». El otro prelado, D. Pablo Gúrpide, segundo obispo de Bilbao, aprovechó el aniversario del primer centenario del nacimiento de Unamuno, y en 1964 escribió una carta pastoral incidiendo en las ideas del obispo guipuzcoano y aumentando el número de las «herejías unamunianas». En cambio, el Ayuntamiento franquista de Bilbao, encabezado por la alcaldesa Dña. Pilar de Careaga, (tradicionalista y católica) celebró esa conmemoración de su ilustre hijo.

<sup>58</sup> «Yo, Unamuno, me confieso,» en *El País* 2-III-2012: 37.

<sup>59</sup> M. de Unamuno. *En torno al Casticismo*, Madrid, Espasa-Calpe, n.º.403, 1959: 140-141.

#### 4. La «intrahistoria» unamuniana

En el ideario filosófico de Unamuno, hay un concepto novedoso, claro y de fácil comprensión: la «intrahistoria» como opuesta a la historia que se ha enseñado y se sigue estudiando aún en nuestros centros escolares. Por la definición que hallamos en la DRAE (Diccionario de la Real Academia Española) consta que el autor de este término es nuestro escritor bilbaíno: «Voz introducida por Unamuno para designar la vida tradicional, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible». Para su explicación, el Rector salmantino se vale del símil esclarecedor del mar. En él podemos observar la superficie y las ocultas profundidades. Pues bien, la historia sería como la superficie de un océano helado en el que se consignan las batallas victoriosas, la vida de los héroes, los grandes hitos de una nación descritos en libros de historia y literatura, v. g. por Homero en la *Iliada* y la *Odisea*, por Virgilio en su *Eneida*, por Galdós en los *Episodios Nacionales*, etc. Se trata normalmente de hechos gloriosos, brillantes y de los acontecimientos más relevantes en la evolución humana. Unamuno deja aparte este tipo de historia que exalta a los políticos y militares para pasar al estudio de las clases subalternas.

En cambio, la «intrahistoria» –que aparece ya en su primer libro *En torno al casticismo* (1895)– nos introduce en las profundidades de ese «mar» singular que no es sino la historia oculta de los hechos cotidianos, corrientes, prosaicos pero que pueden ser interesantes para la historia local de los pueblos. Aquí ya no hay héroes sino gente sencilla, millones de seres humanos cuya voz fue silenciada por la historia clásica, tradicional y universal:

¿Está todo moribundo? No, el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intrahistoria, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones de ambiente europeo... Se ignora hasta la existencia de una literatura plebeya, y nadie para su atención en las coplas de ciegos, en los pliegos de cordel...».<sup>60</sup>

<sup>60</sup> *Obras Completas*, «Ensayos, artículos y conferencias,» O C, vol. IX, 2008: 616.

Ulises, Alejandro Magno, César, Aníbal, Cristóbal Colón, Napoleón, Churchill, J.F. Kennedy, etc. No interesan en esta historia sencilla pues esta no muestra ningún interés por las figuras relevantes del pasado. Según él, esta «intrahistoria» no es un relato de intrigas y de grandes batallas sino de los hechos corrientes de cada día y de la vida de personajes sin pretensiones historicistas. Esta «intrahistoria» no pasa a la literatura sino que busca su refugio en la lengua local que permanece a través de los siglos.

Pienso que no hará falta insistir a estas alturas en que el Rector salmantino fue siempre amante de las paradojas, de los conceptos contradictorios, y de las actitudes contrarias. En consecuencia, no nos tiene que extrañar que al escribir sobre historia, formulara y analizara a la vez el vocablo «intrahistoria». En diversos ensayos y cartas dirigidas a sus amigos como Ángel Ganivet, va explayando el contenido de ese novedoso concepto: «La Historia, la condenada Historia, nos oprime y ahoga, impidiendo que nos bañemos en las aguas vivas de la humanidad eterna...».<sup>61</sup> Según él, «los historiadores han atendido más a los sucesos históricos que pasan y se pierden, que a los hechos subhistóricos, que permanecen y van estratificándose en profundas capas»<sup>62</sup>. «Debajo de esa Historia de *sucesos fugaces*... hay otra profunda historia de *hechos permanentes*, Historia silenciosa, la de los pobres labriegos que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras»<sup>63</sup>.

Parecidas ideas envueltas en variados símiles son frecuentes en su vasta producción literaria:

Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de los millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre (sic) que se alcanzan los islotes de la Historia... Esa vida intrahistórica, silenciosa y fecun-

<sup>61</sup> Ibid.: 116-117.

<sup>62</sup> Ibid.: 617.

<sup>63</sup> Ibid.: 618.

da como el fondo mismo de la mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar al pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras...El testimonio visible de la tradición histórica –la superficial tradición de los sucesos– sería la literatura; el signo de la firme tradición histórica es la continuidad de la lengua...».<sup>64</sup>

## 5. Euskara

M. de Unamuno y Sabino de Arana (1865-1903) tuvieron dos visiones muy diferentes de una misma realidad: Euskal Herria en España. Un proceso de modernización industrial llevado a cabo en el último tercio del siglo XIX en Vizcaya (especialmente en Bilbao y su zona) tuvo como protagonistas singulares a la ría de la capital vizcaína y a la zona minera (La Arboleda, Gallarta, Ortuella, etc.). La exportación mineral de hierro a Inglaterra y la importación de maquinaria moderna, carbón, tejidos, etc. de Gran Bretaña, originaron una gran transformación en esta zona del País Vasco. Este amanecer de la Revolución Industrial fue transformando lentamente la sociedad vasca hasta entonces tradicional y rural en moderna e industrial. Hubo notables cambios demográficos, políticos y religiosos: la necesidad de una clase obrera extraña a Euskal Herria, las huelgas y la aparición del nacionalismo vasco como contrafuerte a la avalancha externa que amenazaba la identidad euskaldun. En consecuencia, la ría de Bilbao se convirtió en un referente y un foco de atención en Europa, como hoy en día lo es el Museo Guggenheim.

En las postrimerías del siglo XIX, la nación española se hallaba sumida en un abismo debido a la pérdida de sus últimas colonias (que causó el desmantelamiento total del imperio) por la corrupción económica y por la incompetencia de los políticos. El País Vasco se mostraba también disconforme por la pérdida de sus históricos Fueros, como castigo a su postura contraria a la Monarquía durante la II Guerra Carlista (1872-1876).

<sup>64</sup> P. Laín Entralgo. *La Generación del Noventa y Ocho*, Espasa-Calpe, Madrid, 1959: 147-148.

El nacionalismo español nunca aceptó los nacionalismos periféricos (catalán, vasco y gallego) y la Ley dictada por Cánovas de Castillo el 21 de julio de 1876 abrió una brecha infranqueable en Euskal Herria. Como hemos visto, los cambios sociológicos producidos por la industrialización y la consiguiente inmigración de grandes contingentes de emigrantes españoles, agravaron aún más la situación social y política. Mientras Unamuno se empeñaba en probar que los vascos eran doblemente españoles distanciándose del *bizkaitarrismo* sabiniano, su paisano S. Arana propugnaba un nacionalismo radical e independiente de España, que defendía como signo identitario el euskara, junto a la raza y la religión. Unamuno, como nacionalista hispánico, fue radicalmente opuesto al pensamiento de Sabino que defendía la lengua vasca como elemento esencial de su nacionalismo emergente. Atacó al euskara como ningún otro escritor de la *Generación del 98*: Pío Baroja (1872-1956), R. de Maeztu (1874-1936), J. Ortega y Gasset (1883-1955), J.M<sup>a</sup> Salaverría (1873-1940), Ricardo Baroja (1871-1935), etc.

El 26 de agosto de 1901, el flamante nuevo rector de una de las universidades más importantes en la historia de esta institución, tomó parte en el discurso inaugural de los «Juegos Florales» de su villa natal. La expectación era enorme. Entre la muchedumbre no podían faltar las huestes del fundador del nacionalismo vasco, S. Arana, que mostraron su disconformidad con varias de las afirmaciones del ilustre conferenciante, relativas a la lengua vasca. A pesar de que se sentía muy de Euskal Herria: «vasco de pura casta y por los sesenta y cuatro costados» y aunque en su niñez y adolescencia estudió con ahínco el vascuence, Unamuno, desde su temprana juventud (1894), pensaba que la lengua de sus antepasados era de tipo inferior y que estaba condenado sin remedio a desaparecer, por su incapacidad de adaptación a la vida moderna. Esta muerte no se debía a causas externas sino a la falta de aptitud para evolucionar. En consecuencia, los vascos harían muy bien en abandonar su lengua para poder sobrevivir. Más tarde, adoptarían una lengua superior, la castellana y saldrían ganando mucho. Los cuatro primeros párrafos siguientes fueron pronunciados por este ilustre vasco en su villa natal con ocasión de los «Juegos Florales» de 1901. Veamos este «vía crucis» de la lengua vasca con letra de D. Miguel de Unamuno y Jugo.

1.– «Ya lo he advertido antes: el euskera es pobrísimo en voces significativas de objetos espirituales o suprasensibles y hasta carece de términos que expresen ideas abstractas en general».<sup>65</sup>

2.– «En el milenario eusquera no cabe el pensamiento moderno; Bilbao hablando vascuence es un contrasentido... tenemos que irrumpir en el castellano, contribuyendo a hacer de él, como el núcleo germinal, el español o hispano-americano, sin admitir monopolios casticistas, que no es un idioma feudo de heredad».<sup>66</sup>

3.– «El pensamiento que dormitaba cual crisálida en el vascuence de Axular, preso en el enmarañado capullo de la venerable lengua milenaria, lo romperá y saldrá a bañarse en luz, apenas secas al sol las recién abiertas alas, en el español de mañana. Nuestra alma es más grande ya que su vestido secular: el vascuence nos viene ya estrecho; y como su material y tejido no se prestan a ensancharse, rompámosle (...) la vida nos trae la pérdida del vascuence».<sup>67</sup>

4.– «¡Y el vascuence? ¡Hermoso monumento de estudio! ¡Venerable reliquia! ¡Noble ejecutoria! Enterrémosle santamente, con dignos funerales, embalsamado en ciencia; leguemos a los estudios tan interesante reliquia».<sup>68</sup>

5.– «Ya lo he advertido antes: el eusquera es pobrísimo en voces significativas de objetos espirituales o suprasensibles y hasta carece de términos que expresen ideas abstractas en general».<sup>69</sup>

6.– «Pero en el caso concreto del vascuence estoy profundamente convencido de que se pierde, y que se pierde de pronto y sin remedio, y por su índole misma, por ser un idioma inapto (sic) para la cultura moderna».<sup>70</sup>

<sup>65</sup> M. de Unamuno. O.C. vol. IX: 616.

<sup>66</sup> Juegos Florales, 26-VIII-1901, *Nuestro tiempo*, diciembre, 1905, O C, vol. IX: 617.

<sup>67</sup> *Obras Completas*, vol.: IX, 616.

<sup>68</sup> Ibid. Juegos Florales.

<sup>69</sup> M. de Unamuno. *La Raza Vasca*, Espasa Calpe, Madrid, 1974: 44.

<sup>70</sup> *El Imparcial*, 7-X-1970.



7.— «El vascuence se muere sin remedio. Se muere y se debe morir, porque su muerte y la adopción por mi pueblo de un idioma de cultura es el único medio para llevar a la cultura común nuestro espíritu y perpetuarla en ella. Necesitamos hablar castellano, ante todo y sobre todo, para imponer nuestro sentido a los demás pueblos de lengua castellana primero, y a través de ellos, a la vida toda histórica de la Humanidad».<sup>71</sup>

8.— «El euskera no es ni más ni menos perfecto que otros idiomas... El castellano es un idioma más hecho, más integrado, más analítico (...) Hablando del euskera se dice: ¡esto se va! y ¡qué le hemos de hacer? Esfuerzos de eruditos nada pueden; si los años de la vida están contados, ¡qué conseguirá el médico? (...) El vascuence se va porque no puede resistir el choque, porque lucha desesperadamente por la existencia contra un idioma más fuerte...».<sup>72</sup>

9.— «Y es que el vascuence desaparece rápidamente y además, que a nosotros los vascos nos conviene que desaparezca. Para la moderna lucha para la cultura necesitamos una lengua de cultura y el euskera no lo es. Es un instrumento complicado y embarazoso, su caudal léxico en uso corriente es, como no puede menos de ser, muy limitado».<sup>73</sup>

10.— «Hoy en Vasconia apenas se habla entre gente culta vascuence. Y cada vez se hablará menos. Y si, lo que es un absurdo, Vasconia llegase a constituir, no ya una nación, mas un Estado independiente, absolutamente independiente, su lengua oficial sería el castellano, y no el vascuence».<sup>74</sup>

11.— «El autorizar que los catalanes, los vascos, los gallegos, pudiesen elevar sus dialectos regionales a la categoría de lengua oficial, sería producir en España una completa y absoluta separación moral y política. Bien está que esas regiones hablen sus dialectos en el seno del hogar y hasta que lite-

<sup>71</sup> «M. de Unamuno, 1920», en Joan Mari Torrealdai. *El Libro Negro del Euskera*, Donostia, Ttartalo, 1998: 57.

<sup>72</sup> *Revista de Vizcaya*, 15-II-1886, en Torrealdai: 39.

<sup>73</sup> *Ibid*: 57-58, *La Nación*, Buenos Aires, 26-X-1907.

<sup>74</sup> *Ibid*: 62-63, *La publicidad*, Barcelona, 24-I-1917.

ariamente los cultiven; pero conceder los derechos que solicitan los catalanistas, equivaldría a la destrucción de España».<sup>75</sup>

12.– «En vascuence no se puede pensar con universalidad. Y el pueblo vasco, cuando se eleva a la universalidad, lo hacen en español o en francés».<sup>76</sup>

13.– «La enseñanza en vascuence es cosa que nadie ha tomado en serio, porque en las Vascongadas las tres cuartas partes de la población no saben vascuence, aun habiéndolo aprendido de sus padres. Ni con el vascuence ni con el catalán se pueden pensar cosas de elevado sentido. En estas lenguas regionales es posible, por ejemplo, hablar de cómo se alimenta a la vaca o de cómo se siembra el maíz. (...) Hay que procurar que todo ciudadano español sea bien (sic) español y después que sea universal».<sup>77</sup>

14.– «Todas nuestras glorias van unidas a lo más íntimo de las glorias españolas y creo poder decir que hoy en España lo más español acaso es el país vasco. Y no hay que hacer caso de lo que digan esos vascos candorosos e inocentes, pero llenos de prejuicios, que lo arreglan todo con la B y la K y otras niñerías por el estilo y con creer que no ya el vascuence sino la boina son consustanciales a la raza. Ellos a su obra, y nosotros tan vascos como ellos –yo creo que más– a lo nuestro. Y el tiempo y nuestros nietos, se encargarán de juzgarnos»<sup>78</sup>. Frente a esta batería de argumentos (muchos de ellos «cordiales» y muy unamunianos) la reacción vasca no se hizo esperar y desde el exabrupto áspero al desacuerdo sosegado, son muchos los vascos y no vascos los que han manifestado su disconformidad con el pensamiento unamuniano sobre la lengua vasca: 1. El escultor guipuzcoano J. Oteiza al mencionar a Iñigo de Loyola afirma: «Tú y Unamuno habéis sido los dos tontos más universales de nuestra cultura»<sup>79</sup>. 2. El poeta vizcaíno «Lauaxeta» (1905-1937) le recrimina con estas duras palabras que traduzco al castellano: «...euzko herria betiko amaituta ba-

<sup>75</sup> Ibid: 66, ABC, «El separatismo y el idioma», 12-I-1919.

<sup>76</sup> Ibid. 67, «M. de Unamuno, 1920».

<sup>77</sup> Ibid. ABC «Don Miguel de Unamuno frente al estatuto», 2-VI-1932.

<sup>78</sup> M. de Unamuno. O.C. Escelicer, Madrid, 1967: «Zuloaga, el vasco», vol.VII: 729-730.

<sup>79</sup> J.R. Scheifler. «Iñigo, vasco y universal», *Deia*, 27-VII-2001.

lego, pozik legoke jaun ori (...) Unamuno jaunak ondo egingo dau bere bizian geure artera etorri ez egitea» (Si el pueblo vasco desapareciera, ese señor estaría contento...el señor Unamuno hará muy bien en no aparecer más por estos lares)<sup>80</sup>. 3. Continuando con este tono recriminatorio, el poeta franciscano de Zarautz, Salvatore Mitxelena (1919-1965), (por otra parte tan unamuniano por su existencialismo) ahondará más en la llaga: «Euzkera eztala gauza. Egi egia diñozu, Unamuno, lau itz oiei bosgarren bakar bat aurretik ipiñi ezker. “Zure” euskera ez da gauza! Zurea ez. Ezta urre eman ere». (Que el vascuence no es capaz. Tienes razón Unamuno, si a estas cuatro palabras se les pone una quinta por delante. “Tu” vascuence es el que no sirve. El tuyo, no. De ninguna de las formas)<sup>81</sup>. 4. El eminente científico Telesforo de Aranzadi Unamuno (1860-1845) sostiene que su primo: «había vendido a sus paisanos por un plato de lentejas»<sup>82</sup>. 5. El doctor bilbaíno Enrique de Areilza (1860-1926) le replica también con esta frase lapidaria: «A mí lo que me ha parecido siempre hediondamente repugnante es halagar los sentimientos de los enemigos del país, sosteniendo una tesis (la necesidad científica de la muerte del vascuence) que ni él la cree ni le importa un comino. El objeto es hacer méritos y en eso andamos desde Salamanca a Bilbao, y desde Salamanca a Madrid».<sup>83</sup>

Con más mesura se manifestaron otros distinguidos escritores y lingüistas vascos y no vascos: 6. El vascófilo bilbaíno, D. Julio de Urquijo (1871-1950), uno de los cuatro fundadores de Euskaltzaindia, comentando el tan discutido discurso de 1901 en Bilbao escribe: «Después de leído el artículo en cuestión, confieso que en varios de los puntos que en él se tratan, estoy más cerca del señor Unamuno que de la mayoría de los vascófilos contemporáneos; pero ni deseo la desaparición del vascuence, ni estimo que la principal causa de su retroceso sea de origen intrínseco»<sup>84</sup>. 7. El poeta José M<sup>a</sup> Aguirre «Xabier de Lizardi» (1896-1933), probablemente el mejor poeta euskaldun de la historia de la

<sup>80</sup> «Lauaxeta». «Unamunoren otsak», en *Azalpenak 1931-1935*, Bilbao, Labayru Ikastegia, 1982: 111-112.

<sup>81</sup> Salvatore Mitxelena. *Idazlan Guztiak*, vol.I, Oñati, Jakin, 1977: 379.

<sup>82</sup> Txema Montero. «Enrique de Areilza, doctor, testigo y heraldo», en *Deia*, 11-III-2012: 4 iritzia.

<sup>83</sup> *Ibidem*.

<sup>84</sup> Julio de Urquijo. *Revue Internationale des Etudes Basques* II, 1920: 72-73.

literatura vasca, terció también en la controversia publicando una de sus mejores poesías «Eusko– bidaztiarena» (Canción del viajero vasco, 1931) que lleva como epígrafe: «Unamuno'tar Mikel, yaun argiari, gure ausardi gorriaz yabetu dedin» (Al sabio Don Miguel de Unamuno para que se informe de nuestra osada audacia). Lejos de compartir el triste futuro del euskara pronosticado por el Rector de la Universidad de Salamanca, le desea que se extienda por todo este mundo comenzando por el caserío y alcanzando los astros siderales: «Baiña nik, izkuntza larreakoa, / nai aunat ere noranaikoa: / Yakite-egoek igoa; / soiña zaar, berri gogoa; / azal orizta, muin betirakoa»<sup>85</sup>. (Pero yo, lenguaje rural te deseo también para todo, que te eleven las alas de la sabiduría; viejo el cuerpo, nuevo el espíritu; con la piel amarillenta y la médula sempiterna). 8. El eminente filólogo gallego Ramón M<sup>a</sup> Menéndez Pidal (1869-1968), miembro de la Real Academia de la Lengua Vasca desde su fundación en 1919 y académico de honor desde 1968, afirmaba hace más de medio siglo: «Tenéis la fortuna de que vuestro pueblo sea depositario de la reliquia más venerable de la antigüedad hispana... no hay otra que tenga la importancia de esta lengua sin cuyo estudio profundo jamás podrán ser revelados del todo los fundamentos y primitivos derroteros de la civilización peninsular...».<sup>86</sup>

Mención especial se merece por su larga trayectoria poética el escritor y cantautor de Oiartzun Xabier Lete (1944-2010) que también se unió a este grupo numeroso de vascos disconformes con la actitud.

<i>Arbak zenituen arroak</i>	<i>Tenías el ramaje altivo</i>
<i>baina sustraiak</i>	<i>pero las raíces</i>
<i>beharrez lehorregiak,</i>	<i>demasiado reseca por necesidad,</i>
<i>ezin zituen ase</i>	<i>no las podía empujar</i>
<i>gure oihanetako</i>	<i>la lluvia cálida y lenta</i>
<i>euri epel geldiak.</i>	<i>de nuestros bosques.</i>
<i>Hain urruti joan zinen</i>	<i>¡Fuiste tan lejos</i>
<i>Heriotzarekin</i>	<i>para saldar las cuentas</i>
<i>Kontuak konpontzera!</i>	<i>Con la muerte !</i>

<sup>85</sup> José M<sup>a</sup> Aguirre. *Olerkiak*. Lizarditar X. Donostia, Erein, 1983: 177.

<sup>86</sup> Ramón Menéndez Pidal. *En torno a la lengua vasca*, Buenos Aires, Col. Austral, 1962: 52-57.

*Ez ote zenuen hobe  
Gutxiago hil  
Eta gehiago bizitzea...*

*Desarrazoizko ametsen  
Quijote berria  
Etsaitzat hartu zenuen  
Errota haundiegia...<sup>87</sup>*

*No te hubiera sido mejor  
morir menos,  
y vivir más...*

*Nuevo Quijote  
de los sueños de la sin razón  
tomaste por enemigo  
un molino descomunal...*

## 6. Relaciones entre Unamuno y Jose Ortega y Gasset (1883-1955)

Las relaciones entre estos dos filósofos no fueron buenas en general, a pesar de que Unamuno admiraba a J. Ortega y Gasset por la excelente preparación filosófica que había adquirido en Alemania y por la obra escrita contenida en sus *Obras Completas* que abarcan 10 volúmenes. Destacaríamos dos libros: *La rebelión de las masas* (1929) y *La España invertebrada* (1921). Diecinueve años se llevaban de diferencia, que normalmente abren una brecha considerable en el mundo científico y artístico. Esto es lo que ocurrió entre Unamuno y Ortega y surgieron numerosas discrepancias en sus planteamientos filosóficos.

En más de una ocasión, Unamuno reconoció el liderazgo y el magisterio del joven Ortega y Gasset (algo desacostumbrado en él) y habló de: «nuestro buen amigo y maestro José Ortega y Gasset». Ya en 1902 Don Miguel, como lo hizo con P. Baroja, a raíz de la publicación de su primer libro, *Vidas Sombrías*, había felicitado a Don José por la publicación del primer artículo y éste le contestó a través de una carta que aparece en el primer capítulo «Almas de jóvenes» del libro que lleva el mismo título. El joven José, tras llamar «Mi querido amigo» a Unamuno en el encabezado de la carta, le habla del «estado mental de un muchacho de veinte años». El contenido de ese diálogo epistolar muestra a las claras que sus relaciones en 1904 eran excelentes.

<sup>87</sup> Gorka Aulestia. *Escritores Euskéricos Contemporáneos*, Bilbo, Euskaltzaindia, 2011: 157.

Pero tres años más tarde, Ortega refleja un cambio discrepante y tenso publicando en *El Imparcial* un escrito contra la desviación *africanista* del Rector de Salamanca, creando así una polémica nacional entre los intelectuales partidarios de la europeización de España como Ortega y Gasset y los partidarios de la españolización de Europa como Unamuno y Azorín. En concreto, este último escribió un artículo muy duro titulado «Colección de farsantes» en ABC, 12-IX-1909. El filósofo madrileño, muy irritado, saltó a la arena con argumentos de todo tipo, incluidos los *ad hominem* y el insulto. Nuevamente se valió de *El Imparcial* (27-IX-1909) para atacar la postura unamuniana reflejada en «Que inventen ellos» y para insultar al bilbaíno de «energúmeno español» por haber faltado a la verdad.

Unamuno no se molestó en contestarle, pero dejó que pasaran cuatro años y, con ocasión de la publicación de su libro *Del sentimiento trágico de la vida* (1903) se reafirmó en su posición anterior inquebrantable y volvió a dar más explicaciones sobre su maltrecho dicho «¡Que inventen ellos!», aprovechando además la ocasión para contraatacar, como era habitual en él: «Mas al decir ¡Que inventen ellos!, no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos a la ciencia de que nos aprovecharemos; nosotros a lo nuestro. No basta defenderse, hay que atacar»<sup>88</sup>.

Pasaron varios años y en 1911 –como Don José no rectificaba y seguía obstinado en lo suyo– Don Miguel, con ocasión del fallecimiento del político aragonés Joaquín Costa (1846-1911), pronunció estas palabras ante su tumba:

Es inútil darle vueltas, nuestro don es ante todo un don literario, y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura... y si alguna metafísica española tenemos es la mística... y como hay y debe haber una diferenciación del trabajo espiritual como del corporal, tanto en los pueblos como en los individuos, a nosotros nos ha tocado esta tarea... en Suiza no pueden desarrollarse grandes marinos... Alemania, *verbi gratia*, nos da a Kant, y nosotros le damos a Cervantes. Harto hacemos con procurar enterarnos de lo suyo, que su ciencia y metafísica fecundará nuestra literatura, y ojalá nuestra literatu-

<sup>88</sup> *Del sentimiento trágico de la vida*: 224-225.

ra llegue a ser tal que fecunde su ciencia y su metafísica. Y he aquí el significado de una exclamación algo paradójica, lo reconozco, *¡que inventen ellos!*, exclamación de que tanto finge indignarse algún atropellado cuyo don es el de no querer entender o hacer como que no se entera».<sup>89</sup>

Hubo una época en la que Ortega trató de convencer a Unamuno de que cambiara de método en sus análisis y en la forma de trabajo, pero pronto se dio cuenta de que esto era imposible y no trató de insistir más, pues ¡Unamuno era mucho Unamuno! Mientras el madrileño defendía su pensamiento racionalista, científico, el bilbaíno hacía constantemente apología de la vía «cordialista», exaltando la religiosidad, el misticismo de San Juan de la Cruz. Unamuno lideró el sentimiento patriótico español con su famosa frase: «Me duele España», mientras que para Don José, España era el país más anormal de Europa. La visión sobre su patria era completamente negativa y la única salida de salvación era Europa. Ortega pertenecía a otra generación bastante diferente, conocida históricamente como la «Generación del 14», menos religiosa y más abierta al mundo exterior, especialmente europeo y concretamente alemán. En cambio, Unamuno soñaba para su España en un renacimiento basado en la tradición nacional. Para él, el escritor carmelita merecía una valoración superior a la del matemático y filósofo francés R. Descartes (1596-1651); tema en el que disentía del pensamiento orteguiano.

A Unamuno le atraía no solo la literatura sino también la religiosidad de Tolstoi, mientras que para el filósofo madrileño, el ruso fue un escritor genial, pero no como pensador social. Los reparos que ponía Tolstoi a los avances tecnológicos y científicos –aun reconociendo su utilidad– no convencían a Ortega. En cambio, suscitaban la añoranza del bilbaíno por la religiosidad de la Madre Rusia: «Es mejor saber menos de lo que se puede que saber más de lo que se necesita». (Tolstoi). Todo este fervor religioso, unido al «ego» unamuniano que se manifestaba en sus largos monólogos, entorpecían las relaciones humanas entre las dos figuras más prominentes de dos generaciones bastante diferentes. A pesar de estas diferencias, a am-

<sup>89</sup> Discurso pronunciado en 1911 por M.de Unamuno ante la tumba de Joaquín Costa.

bos les tocó luchar a menudo en un frente común, lo cual contribuyó a que las relaciones fueran más cordiales. En 1914 y en 1924, cuando la Monarquía y la Dictadura castigaron tan duramente al Rector salmantino destituyéndolo, J. Ortega tomó parte en un acto de desagravio que se celebró a favor de Unamuno en Madrid. No tuvo ningún inconveniente en llamarlo *el hermano enemigo*. En los años de bonanza de la publicación de la *Revista de Occidente* de Ortega, cuenta el filósofo que Don Miguel aparecía por la redacción «con su cuerpo ya muy combado, como el arco próximo a disparar la última flecha». A veces, el madrileño trataba de rehuir la presencia del bilbaíno, unas veces escondiéndose en el edificio y otras saliendo de él a la calle.

En 1931, ambos apoyaron calurosamente el advenimiento de la República pero pronto se decepcionaron de ella por su radicalismo, y tuvieron que alzar su voz en las Cortes para enderezar el rumbo de aquella nave que navegaba a la deriva en muchas ocasiones. Ya en 1931, J. Ortega y Gasset con su conocida frase «no es esto, no es esto», marcaba sus diferencias y la decepción con respecto al sectarismo republicano existente. Más tarde, ambos escritores no estuvieron de acuerdo ni con algunas decisiones del presidente M. Azaña (la Ley agraria; la disolución de las órdenes religiosas; la expulsión de los jesuitas; su frase «España ha dejado de ser católica», etc.), ni con el populismo del Frente Popular. Al no conseguir lo que pretendían, dimitieron de sus cargos y Unamuno no se presentó a las elecciones en 1933. El motivo nos lo explica el ilustre bilbaíno: «He sido un hablador porque necesita hablar mi pensamiento y la palabra material me lo excitaba. Pensaba en voz alta. Haciendo esfuerzos por transmitir a otros mis ideas, me las formulaba y descubría a mí mismo y las desarrollaba. De aquí resultaba mi impertinencia de llevar siempre la palabra, de interrumpir y no soportar interrupciones, de querer dar el tema de conversación y hacer de ésta monólogo»<sup>90</sup>. Para la izquierda republicana radical, Unamuno perdió pronto el «carisma» que había logrado durante los años del exilio.

<sup>90</sup> *Diario Íntimo*: 354-355.



## 7. Unamuno visto por Antonio Machado

A diferencia de las malas relaciones mutuas que muestran varios escritores de la «Generación del 98», hay que destacar el respeto, la admiración y la amistad que aflora en la correspondencia, artículos y poesía del poeta sevillano con el Rector de Salamanca. Como exponente de ello aduzco a continuación varias citas machadianas que testifican esta relación tan personal y cálida.

### 1. «Carta a Miguel de Unamuno». 5-1904 (sic)

Yo veo la poesía como un yunque de constante actividad espiritual, no como un taller de fórmulas dogmáticas revestidas de imágenes más o menos brillantes... Usted, con golpes de maza. Ha roto, no cabe duda, la espesa costra de nuestra vanidad, de nuestra somnolencia. Yo, al menos, sería un ingrato si no reconociera que a usted debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto. Y hoy digo: es verdad que hay que soñar despierto. No debemos crear un mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor que sea estéril para los demás<sup>91</sup>.

### 2. «Carta a Miguel de Unamuno». Baeza, 16-I-1915

Querido y admirado maestro:

Acabo de recibir su generosa carta. Con el alma agradezco a V. estos ratos que me dedica...Ya aguardo con impaciencia su nuevo tomo de poesías, con el poema Cristo de Velázquez, cuyos soberbios fragmentos conozco...Sus salidas Donquijotescas no son estériles, que siempre queda huella de su fecundo paso por ese empedernido Madrid, y bien comprendo que jamás pensó V. en su reposición de Rector, sino en hacer una alta justicia a valores espirituales que V. representa y defiende y que en su persona de V. fueron atropellados. Sí, hay que seguir diciendo lo que no puede decirse y atizando el sagrado fuego bajo la helada. Para mí sería una inmensa satisfacción el ir a Salamanca de profesor...Ahí está V. y la tierra castellana que tanto amo.

<sup>91</sup> Antonio Machado. II *Prosas Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1989: 1473-1474.

Yo también, en el fondo, acaso sea francófilo. Mi antipatía a Francia se ha moderado mucho con eso que V. llama *estallido de barbarie* de las derechas...La otra Francia es de mi familia y aun de mi casa, es la de mi padre y de mi abuelo y mi bisabuelo; que todos pasaron la frontera y amaron la Francia de la libertad y del laicismo, la Francia religiosa del *affaire* y de la separación de Roma...¡Lástima que tan noble espíritu como Azorín se deje engatusar por esos agentes de «L'Action Française!».

Nuestro peligro político, a mi entender, estriba en continuar con el torpe juego de izquierdas y derechas, sin plantear la cuestión central, la religiosa y de conciencia. Encadenada va el alma española en cuerda de presos, conducida no sabemos a dónde. Nuestra neutralidad hoy consiste, como me dice Manuel en carta que hoy me escribe, en no saber nada, en no querer nada, en no entender nada. Lo verdaderamente repugnante en nuestra actitud ante el conflicto actual y épico, nuestra conciencia, nuestra mezquindad, nuestra cominería. Hemos tomado en espectáculo la guerra, como si fuese una corrida de toros, y en los tendidos se discute y se grita. ...Los elementos reaccionarios, sin embargo, aprovechan la atonía y la imbecilidad ambiente para cometer a su sombra indignidades como la que V. fue víctima...La juventud que hoy quiere intervenir en la política debe, a mi entender, hablar al pueblo y proclamar el derecho del pueblo a la conciencia y el pan, promover la revolución, no desde arriba, ni desde abajo sino desde todas partes<sup>92</sup>.

### 3. «Carta a Miguel de Unamuno», 1922

Señor D. Miguel de Unamuno

Querido maestro

Mil gracias por sus nuevas *Visiones de España*...Su obra me tiene compañía y llevo conmigo a estos viejos cafés de Segovia, donde logro un poco de aislamiento para la lectura y el trabajo...Unos cuantos hombres como V. –si ello fuese posible– y la España que tan rápidamente se deshace se iría, al par, haciendo, fundiendo en nuevo

<sup>92</sup> Ibid.: 1572-1574.

molde. Siempre al leerle encuentro consuelo y pienso que acaso España tiene todavía un porvenir. ¿De dónde saca V. tanta juventud, tanta energía espiritual? Aquí, donde todo se viene abajo, todas las almas se caen, literalmente, a los pies, sólo V. se mantiene enhies-to... Esto quiere decir que no está V. solo, sino que Dios pelea de su parte<sup>93</sup>.

#### 4. «Divagaciones al último libro de Unamuno»

En nuestro mundo intelectual nadie mueve tanta guerra como el sabio Unamuno. El espíritu batallador, generoso y expansivo reside en este donquijotesco varón. No dudo un momento de la inmensa cultura de Unamuno; mas, ¿cómo he de medirla yo ignorante de mí? Llámole sabio, como el vulgo se lo llama, dando por hecho que Unamuno sabe infinidad de cosas que yo ignoro. Lo que conscientemente admiro en Unamuno en sus escritos y oraciones es su heroica y constante actividad espiritual.

Es Unamuno admirablemente sincero en sus escritos y oraciones; pruébalo el que se atreva a exteriorizar estos momentos de profunda depresión de espíritu en que el hombre autoinspectivo llega casi a negarse a sí mismo. Pero las notas en él dominantes son: el impulso acometedor, la ambición de gloria, y la afirmación constante y decidida de su personalidad. Él es también un caballero andante, bueno al fin, para amar y comprender a Don Quijote. Sabe de *quijoterías*. En el ambiente de triste paz en que vivimos sólo Unamuno y unos cuantos guerrear –que no hemos de llamar guerra a disputas de comadre y pedreas de golfos... Admírole yo por su temple de espíritu y téngole comparado con Íñigo de Loyola, su conterráneo, aunque ya digo que es mejor, en versos que le compuse... Aspira también a fundador este Don Miguel y a dejar, al fin, cosa mejor que su paisano. Así sea.

Mucho me recuerda Unamuno, en sus escritos, a nuestros mejores místicos, por la expresión sinuosa y asimétrica, tan castiza, por el deseo de envolver y dominar espiritualmente y por el mucho pelear interior que no le deja punto de reposo... A esta laxitud de sentimiento y miseria intelectual que nos abruma, opone Miguel de Unamuno su her-

<sup>93</sup> Ibid.: 1630.

mosa alma como fragua encendida llena de laboriosos yunques. No descansa Unamuno. A todos y a cada cual escribe, habla y exhorta; de sus mejores escritos son sus cartas privadas, donde esparce y regala lo mejor de su pensamiento. A él acudimos en demanda de auxilio espiritual y él siempre, en amable maestro, nos acoge. Mucha es su generosidad... Locos necesitamos, que siembran para no cosechar. Cuerdos que talen el árbol para alcanzar el fruto, abundan, por desdicha. ¿Dónde están los lunáticos, los idealistas, los renunciadores, los ascetas, los románticos, que apenas se ven por ninguna parte? ¿Qué fantasmas son éstos? En estas luchas de parásitos, que es la vida española, ¿quién ha visto a caballeros de la muerte? Tierra es ésta de vividores. Venga en último caso, quien enseñe y ayude a bien morir.

El libro *Vida de Don Quijote y Sancho* es, sin duda, lo mejor que se ha escrito en español sobre los héroes de Cervantes, aunque recientemente se han publicado obras estimabilísimas, con el mismo o parecido tema... Empezando por lo que menos importa, os diré que el libro de Unamuno está muy bien escrito; Unamuno escribe muy bien. ¿Y cómo no, si piensa y siente bien? Tiene además de la lengua que emplea profundo conocimiento, que yo no he sondeado, pero sospecho... Cierta rudeza y montuosidad hay, no obstante, en la prosa de Unamuno, que nos hace pensar en la tierra vasca, pero esto de que un escritor recuerde a su tierra, más es virtud que defecto<sup>94</sup>.

##### 5. *Contra esto y aquello*, de Miguel de Unamuno

Pocos libros se producen en España –y aun fuera de España– tan atrayentes como los de D. Miguel de Unamuno. A la vista tengo su última colección de artículos titulada *Contra esto y aquello*... Las últimas obras del ilustre vasco son, en su mayor parte, colecciones de crónicas publicadas en *La Nación*, de Buenos Aires, y si no las señalamos a la curiosidad del público español, corremos el riesgo de que se ignore en España algo de lo más sustancioso de nuestra moderna producción. No pienso yo que a Unamuno se le desconozca entre nosotros ni que se le escatime la estimación que merece; pero sí que

<sup>94</sup> Ibid.: 1479-1482.

sus obras no alcanzan el número de lectores a que están destinadas. ...Siempre tuve al ilustre Rector de Salamanca por un gran patriota, y sus trabajos publicados en América son los que más me confirman en esta opinión. Su patriotismo, más invasor que conservador, es una avanzada espiritual de nuestra Patria en tierras de Ultramar. Son muchos los periódicos y revistas que me llegan de América, donde reconozco una influencia más o menos patente del pensamiento de Unamuno.

El patriotismo de Miguel de Unamuno tiene una firme base religiosa, como él mismo declara en el capítulo *Educación por la historia*, consagrado a comentar un libro de Ricardo Rojas. «Por mi parte –dice– no acierto a explicarme un sólido patriotismo sin una cierta base religiosa. Claro está que no quiero decir base dogmática de una iglesia determinada...». No está concebido este patriotismo de Unamuno en ningún campo político...

¿Qué absurda ceguedad nos lleva a imitar todo lo francés? ¡Oh, si los Pirineos se convirtiesen en el Himalaya! ¿Negaremos por esto que a Francia debemos las tres cuartas partes de nuestra cultura en los dos siglos pasados? De ningún modo. No es menos cierto que hoy recibimos de Francia solamente productos de desasimilación, toda clase de productos averiados y putrefactos: sensualismo, anarquismo, pornografía, decadentismo y pedantería aristocrática.<sup>95</sup>

## 6. CXXVIII (Poema de un día) *Meditaciones rurales*

Libros nuevos. Abro uno/ de Unamuno. / ¡Oh, el dilecto, / predilecto / de esta España que se agita, / porque nace o resucita! / Siempre te ha sido, ¡oh Rector / de Salamanca!, leal / este humilde profesor / de un instituto rural. / Esa tu filosofía / que tu llamas diletantesca, / voltaria y funambulesca, / gran Don Miguel, es la mía. / Agua del buen manantial, / siempre viva, / fugitiva / poesía, cosa cordial. / ¿Constructora? / –No hay cimiento / ni en el alma ni en el viento-Bogadora, / marinera, / hacia la mar sin ribera.<sup>96</sup>

<sup>95</sup> Ibid.: 1538-1543.

<sup>96</sup> Antonio Machado. I *Poesías Completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1989: 555.

## Conclusión

En más de una ocasión, P. Baroja solía comentar que Unamuno se consideraba muy vasco, pero que él, siendo de Donostia, no conocía a ningún vasco que se le pareciera. Aun aceptando en gran medida esta opinión de Don Pío, pienso que Unamuno fue un hombre extraordinario y un «borrokalari» (luchador) nato, como otros muchos vascos. En su juventud le tocó vivir en una Europa finisecular en descomposición, en la que Nietzsche campaba por sus anchas predicando la victoria del Superhombre y la «muerte de Dios», que impactaban directamente contra el pensamiento del joven Miguel, como un torpedo en la línea de flotación de un acorazado. Ya en el siglo XX, tuvo que enfrentarse también al materialismo dialéctico y al humanismo ateo del comunismo, saliendo en favor de unos valores que peligraban en la Europa occidental.

Respecto al euskara querido de su niñez, había dado un viraje de 180º convirtiéndose en el aguerrido defensor del castellano, propugnándolo como única lengua oficial de España. Afortunadamente, para la inmensa mayoría de los vascos, no acertó en sus predicciones sobre el futuro del euskara. ¡Qué susto se habría llevado, si le hubieran dicho, que varias décadas después de su muerte, tres escritores euskaldunes iban a ganar el Premio Nacional de Literatura (Novela) en Madrid! Seguro que habría dicho que no, que era imposible. Para él no fue posible dominar el euskara (ahí subyace probablemente uno de sus eternos problemas) y lo poquísimo que escribió merece nuestro aplauso. Otros, en cambio, comenzaron a aprenderlo de adultos y lo convirtieron en instrumento de belleza literaria. «Eziña, Ekiñez Egiña» (lo imposible se logra insistiendo).

Unamuno proclamó a los cuatro vientos que la lengua es un elemento cultural que define a un pueblo: «La sangre de mi espíritu es mi lengua y mi patria es allí donde resuena soberano su verbo». Alguno podría pensar –y no andaría descarriado– que además de la lengua y la etnografía existen otras manifestaciones culturales y espirituales que definen la identidad de un pueblo: antropología, arqueología, prehistoria, mitología, literatura oral, folclore, leyendas, bertsolarismo (en el caso vasco), música; esto es, diversas manifestaciones de expresión artística y religiosa, que describen la persona-

lidad de una etnia, nación o pueblo. Pues bien, llegado al de Unamuno, da la impresión de que emplea todos sus esfuerzos en investigar las lenguas, y en el caso concreto del País Vasco, el euskara. En su descargo, se podría aducir que había tan poca cosecha recogida en esos campos que no merecía la pena comenzar a investigar en ellos. No todos pensaban de igual forma y, afortunadamente, otros fueron los destinados a explorar esos campos con paciencia, dedicación y cariño a la tierra donde nació cada uno: R. M. Azkue, J. M. Barandiaran, T. Aranzadi Unamuno, E. Eguren, M. Lekuona, «P. Donostia», J. Riezu, J. Oteiza, J. Caro Baroja, N. Basterretxea, R. Mendiburu, Juan M.<sup>a</sup> Lekuona, A. Zavala, J. Altuna, J. Garmendia Larrañaga, etc.